

**LA IDENTIDAD DEL PAULINO
EN SU DOBLE EXPRESIÓN**

SACERDOTE-DISCÍPULO

Fichas de reflexión y de estudio

INDICE

Introducción general

Etapas de un camino de reflexión

Objetivo: una fidelidad dinámica e integral

“Identidad” y “doble expresión”

Metodología: las “cuatro fidelidades” pedidas a los religiosos

Destinatarios

Guía de lectura

1. Presentes ante la sociedad y ante nuestro tiempo

Ser fieles a la humanidad de hoy, conscientes de sus problemas y de sus esperanzas. Estar atentos a los desafíos del mundo moderno y a los nuevos signos de los tiempos. Es necesidad imprescindible para nuestra identidad de paulinos. Palabras como universalidad, inculturación, estudio y preparación, valorización del laicado y del trabajo deben, cada día más, formar parte de nuestro vocabulario y de nuestra sensibilidad de apóstoles.

1.1. Sociedad moderna y post-moderna

1.2. Problemas y esperanzas de los hombres de hoy, los nuevos desafíos y los nuevos signos de los tiempos

1.3. Universalidad e inculturación en el mundo de la comunicación

1.4. Cultura y culturas; la importancia del estudio y de la preparación

1.5. La riqueza del laicado

1.6. El trabajo: valor apostólico, solidaridad y convivencia

2. Con la fuerza transformante de Cristo y del Evangelio

Para poder ser verdaderamente fieles a la humanidad de hoy debemos ir a las raíces espirituales de nuestra identidad: somos consagrados y enviados por Jesucristo. Es él, el Maestro Camino, Verdad y Vida, el centro de nuestra vida, a través de su Palabra y de la Eucaristía. María, José, Pablo son para nosotros modelos en el camino de la configuración a Él. Algunos signos típicos del encuentro transformante con Cristo: el sentido de humildad y la necesidad de conversión, el espíritu de reparación, la sensibilidad litúrgica. Una síntesis vital: el espíritu del “Pacto o Secreto de feliz éxito”.

2.1. Discípulos y apóstoles de Jesucristo, sobre las huellas de san Pablo

2.2. El centro de la vida paulina: Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida

2.3. La relación vital con Dios en el “Pacto o Secreto de feliz éxito”

2.4. María, José, Pablo: modelos de vida para el paulino

2.5. La Palabra de Dios: asimilada, vivida y anunciada

2.6. La Eucaristía: centro dinámico de la vida

2.7. La Visita eucarística, don y distintivo de la Familia Paulina

2.8. La liturgia: “libro del Espíritu Santo”

2.9. Humildad y conversión continua

2.10. Espíritu de reparación

3. En comunión con toda la Iglesia

Nuestra fidelidad al hombre de nuestro tiempo, a Cristo y al Evangelio, se expresan en el espíritu de comunión con toda la Iglesia. Aquella comunión redescubierta por el

Vaticano II como elemento fundamental del ser cristianos, pueblo de Dios. El mismo carisma nuestro es un don del Espíritu al servicio de la Iglesia, mientras el voto de fidelidad al Papa presenta nuestro fuerte ligamen con el Magisterio. Ser fieles a la Iglesia significa también tomar en seria consideración los aspectos jurídicos relativos a nuestra congregación, sin perder nuestra carga profética, y mantenernos abierto y activos en el redescubrimiento del valor de la mujer y del laicado en general, y en las nuevas fronteras del ecumenismo y del diálogo interreligioso.

- 3.1. La Iglesia después del Vaticano II
- 3.2. El “carisma paulino” en la vida de la Iglesia
- 3.3. Decir y dar “algo” a la Iglesia
- 3.4. El voto de fidelidad al Papa y las relaciones con el Magisterio
- 3.5. Sacerdote y Discípulo: algunos aspectos jurídicos
- 3.6. La presencia femenina
- 3.7. La “laicidad” en la Congregación
- 3.8. El “sacerdocio ministerial” en la Congregación
- 3.9. Ecumenismo y diálogo interreligioso: fronteras abiertas

4. En fidelidad dinámica a nuestra consagración, según el carisma paulino

Una fidelidad creativa al carisma que Dios ha dado a través de nuestro Fundador. He aquí cuanto la humanidad, el Señor, la Iglesia piden hoy a cada uno de nosotros. Para redescubrir nuestra identidad de consagrados, los valores fundantes de nuestra vida; para comprender plenamente la grandeza, la urgencia, la responsabilidad de nuestra misión. Para darnos cuenta del gran don de ser paulinos en la complementariedad, en el don recíproco del sacerdocio y del discipulado; para valorizar todavía más nuestro ser Familia Paulina.

Consagrados

- 4.1. Todos los hombres son llamados
- 4.2. Teología de la consagración
- 4.3. Finalidades primarias: santidad y evangelización
- 4.4. Carácter profético de los votos religiosos
- 4.5. Vida fraterna en comunidad

Enviados

- 4.6. Hombres de comunión
- 4.7. Abiertos al mundo de la comunicación
- 4.8. Contenidos y destinatarios de la misión
- 4.9. Nuestro apostolado es predicación. Atención a los “lenguajes”
- 4.10. El paulino “escritor”
- 4.11. “Profetismo” paulino
- 4.12. La “imaginación de la caridad”

Como paulinos Discípulos y Sacerdotes

- 4.13. Única identidad y misión: doble expresión en la ministerialidad
- 4.14. Comprensión de la complementariedad
- 4.15-A. Los tres momentos del apostolado y el “espacio típico”
- 4.15-B. Redefinir y ampliar los “espacios típicos”

Como Familia Paulina

- 4.16. La pertenencia a la Familia Paulina

4.17. La Sociedad San Pablo “altrice”

4.18. La contribución de los Discípulos en la función “altrice”

Los paulinos de hoy y de mañana: promoción y formación

4.19. Los signos positivos de la vocación paulina: claridad de la llamada

4.20. La integralidad y la especificidad: características sustanciales en el proceso formativo

SIGLAS

AA	-	<i>Decreto sobre el Apostolado de los Laicos</i>
AD	-	<i>Las Abundantes riquezas de su gracia</i>
AE	-	<i>El Apostolado de la Edición</i>
CISP	-	<i>Carissimi in San Paolo</i>
CJC	-	<i>Codex Juris Canonici</i>
DC	-	<i>Documentos Capitulares 1969-1971</i>
DF	-	<i>Donec Formetur Christus in vobis</i>
EN	-	<i>Para Anunciar el Evangelio</i>
GMIOS	-	<i>Jesús el Maestro, ayer, hoy y siempre</i>
GS	-	<i>Gaudium et Spes</i>
IL	-	<i>Instrumento de trabajo, Sínodo de los Obispos</i>
IM	-	<i>Inter Mirifica</i>
LG	-	<i>Lumen Gentium</i>
MCS	-	<i>Meditazioni per consacrare secolari</i>
NMI	-	<i>Novo millennio ineunte</i>
PC	-	<i>Perfectae Caritatis</i>
PO	-	<i>Presbiterorum Ordinis</i>
Pr	-	<i>Predicación del Primer Maestro</i>
Pr VO	-	<i>Predicación del Primer Maestro Voto de Obediencia</i>
RM	-	<i>La Misión del Redentor</i>
SC	-	<i>Sacrosanctum Concilium</i>
SdC	-	<i>Spiegazione delle Costituzioni</i>
SP	-	<i>Boletín San Pablo</i>
UPS	-	<i>Ut perfectus sit homo Dei</i>
TMA	-	<i>Tertio millennio adveniente</i>
VC	-	<i>Vida Consagrada</i>
VFC	-	<i>Vida fraterna en comunidad</i>

INTRODUCCIÓN GENERAL

Etapas de un camino de reflexión

Una de las recomendaciones del VII Capítulo General de la Sociedad de San Pablo (1998) era esta: “Se recomienda encarecidamente al Gobierno General que realice un Seminario sobre la vocación paulina en su doble expresión Sacerdote-Discípulo”. En el 2001, la Asamblea intercapitular de Nueva Delhi, “conciente de la importancia y de la complejidad del tema”, considera “difícil, en el intervalo anterior al próximo Capítulo General, la preparación y el desarrollo de dicho Seminario”. No obstante, remarcó la necesidad y urgencia de tal profundización y solicitó al Gobierno general encomendar “el cometido a un número suficiente de hermanos (no menos de 5)” que procurara “involucrar a los miembros de la Congregación en los modos y con los instrumentos que considerase oportunos”.

El Superior general, Don Pietro Campus, el 7 de junio de 2001 envió a las Circunscripciones y a los cohermanos de la Congregación una invitación para contribuir a través de reflexiones, consideraciones, sugerencias, y en el mes de enero de 2002 nombró un grupo de paulinos que, reuniendo las contribuciones de todos, se dedicara a la profundización del tema. Los hermanos llamados a formar parte de este equipo de estudio fueron: padre Andrés Arboleda (Casa Generalicia), hno. Luis Barrios (provincia Argentina-Cile-Perù), padre Carlo Cibien (Italia, miembro del equipo itinerante para la formación), hno. Luca De Marchi (Italia), padre José Luis Quintana (México), padre Antonio Rizzolo (Italia), hno. Blaise Thadathil (India). Al grupo se sumaron, para la coordinación del trabajo, dos consejeros generales: padre Juan Manuel Galaviz y hno. Francesco Chessa.

El estudio se ha desarrollado en dos sesiones realizadas en Roma, en la Casa General, y a través del trabajo personal durante el tiempo intermedio. Fundamentales han sido las contribuciones de numerosos hermanos de todas partes del mundo. La primera sesión fue del 28 de febrero al 6 de marzo del 2002, y sirvió para la lectura de tales contribuciones, para tomar consciencia del tema, para fijar los campos de profundización y establecer las rutas metodológicas. En la segunda sesión, del 16 al 27 de junio, se recogió todo el material elaborado en los meses precedentes hasta llegar a la redacción de este instrumento.

Objetivo: una fidelidad dinámica e integral

La consigna de parte del Gobierno general al grupo de estudio era la de ofrecer a la Congregación una renovada formulación del tema a través de un estudio serio y bien fundamentado. Las conclusiones deberían ser expresadas en términos accesibles y estimulantes, para así extraer fácilmente las consecuencias prácticas, sea para el campo vocacional-formativo como para el cumplimiento de la misión hoy, y para el estilo de vida y el testimonio de nuestras comunidades consagradas. El objetivo era, por tanto, el de favorecer una fidelidad dinámica e integral de todos los paulinos. No tanto porque hubiera consciencia de tales o cuáles problemas, sino para responder hoy a las “cuatro fidelidades” que se piden a los religiosos:

- *«Fidelidad al hombre y a nuestro tiempo;*
- *Fidelidad a Cristo y al Evangelio;*
- *Fidelidad a la Iglesia y a su misión;*

- *Fidelidad a la vida religiosa y al carisma del Instituto»* (ver *Religiosos y Promoción humana*, CRIS, 1980).

Las fichas de reflexión que presentamos tratan de responder a las encomiendas dadas por el Gobierno general. En efecto, los tiempos que estamos viviendo, las exhortaciones del Papa a los religiosos, las situaciones del mundo siempre en más rápida evolución, los hombres y las mujeres nuestros contemporáneos, nos piden a los paulinos audacia profética, autenticidad en el testimonio, creatividad en el lenguaje y en los proyectos. Interrogarnos sobre nuestra identidad, en lugar de ser un repliegue narcisístico sobre nosotros mismos y sobre nuestros problemas, es tomar consciencia del don que el Espíritu nos ha comunicado a través del Fundador, para que podamos dar testimonio, ante los hombres del siglo XXI de Jesús Maestro y Pastor, Camino, Verdad y Vida. Este estudio quiere, por tanto, reavivar en todo paulino la consciencia de que tenemos algo que decir y que ofrecer a la Iglesia y al mundo: poseemos en efecto un tesoro de gracia y de riqueza carismática que nos ha sido dado para beneficio de todos, y la actual cultura de la comunicación ofrece el espacio para nuevas formas de creatividad en el anuncio del Evangelio.

El estudio realizado no tiene un carácter exhaustivo, sino que ha nacido con la intención de “remover el agua”, para despertar un nuevo impulso creativo y vigorizar la esperanza y la fe en Dios. También por esto se trata de un simple **“instrumento de trabajo”**. Tiene la característica, en efecto, de ser **abierto**, no **definitivo**. Será necesario, pues continuar la reflexión y la discusión a nivel de Circunscripción, y a nivel comunitario y personal, para comprender siempre más en profundidad quiénes somos y función tenemos en la Iglesia y en la sociedad de hoy. Alrededor de nosotros hay un mundo en crecimiento, a la búsqueda de nuevos significados, en continua evolución: no podemos ocultarnos, estamos llamados a dar una respuesta a los nuevos desafíos que nos esperan.

“Identidad” y “doble expresión”

“Identidad” y “doble expresión” son dos conceptos basilares en la presente reflexión y merecen particular atención. La decisión del VII Capítulo general de no tratar separadamente la identidad del paulino Sacerdote y la identidad del paulino Discípulo ofrece un auténtico cambio de perspectiva y es una invitación para asumir una nueva mentalidad. **Por la profesión religiosa, en efecto, sea al Discípulo que al sacerdote les pertenece de lleno la condición de paulino.** Sobre la base de esta común “paulinidad” se cumple el don recíproco de las gracias particulares de parte de una y otra expresión del paulino. Esta unión y reciprocidad está finalizada a la misión específica, pero no tiene un valor sólo funcional sino carismático, de reciprocidad de dones. Así debe entenderse el recíproco constituirse “paulinos” al que se refieren las *Constituciones* (art. 5). Este cambio de perspectiva permite comprender mejor la peculiaridad, las características específicas del Discípulo y del Sacerdote, como don y servicio recíproco, como riqueza especial de gracia que hay que poner en común.

El punto de partida es entonces la identidad. Pero a esta palabra se le pueden dar muchos significados, algunos esclarecimientos son oportunos. Sin entrar en discusiones filosóficas, aceptamos el punto de vista que funda la concepción de identidad sobre dos elementos: la unidad del *ser* (la no división intrínseca) y la experiencia de una *diversidad* (distinción al respecto de cualquier otro ser). La sustancia que confiere al ser su unicidad es al mismo tiempo aquello que lo distingue. En el lenguaje común se atribuye una misma identidad a todos los entes que poseen la misma sustancia, independientemente de la multiplicidad de sus manifestaciones: así a cualquier hombre o mujer le viene reconocida la identidad de persona. En un sentido todavía más amplio se reconoce

a los componentes de un determinado grupo una misma identidad, porque poseen atributos comunes o han hecho las mismas opciones vitales: a todos los médicos, por ejemplo, les reconocemos la identidad de médico. Pero cuando se habla de identidad de un Instituto religioso y de sus miembros, no bastan la lógica o el lenguaje común: son indispensable una perspectiva de fe y una sólida teología de la vida consagrada.

Nuestra identidad, en efecto, se comprende sólo a partir de una vocación particular que viene de Dios. Correspondiendo a tal llamada, somos por Él consagrados y enriquecidos de gracias que nos ayudan a alcanzar la santidad a que estamos destinados y a cumplir el apostolado específico con el cual colaboramos a la misión de Jesucristo. La Eclesiología de comunión nos lleva a superar las tradicionales distinciones, para considerar el dinamismo de los carismas en vistas del bien común.

Debe ser por tanto claro, a todo miembro de la Sociedad San Pablo, que la propia identidad es la de religioso llamado a la santificación y a evangelizar el mundo actual con el testimonio de vida y con el apostolado de la comunicación social. Al don común de la consagración religiosa, y a los dones particulares (sacerdocio ministerial, laicidad, carismas personales...), tenemos que corresponder en plenitud y para los fines comunes de la santificación y de la misión específica. Ya que “el estado de vida consagrada, por su propia naturaleza, no es ni clerical ni laical” (*CJC* can. 588, par. 1), debemos admitir, en conclusión, que es **la consagración la verdadera fuente de nuestra identidad de paulinos**, mientras la condición de Sacerdote o de Discípulo es un don conferido por el Espíritu como un particular florecimiento de la misma paulinidad: toca a nosotros hacerlo fructificar para el bien común. A beneficio de la Congregación, de la Familia Paulina, de la Iglesia y del mundo.

Metodología: las “cuatro fidelidades” pedidas a los religiosos

En el documento *Religiosos y promoción humana* del 1980, la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares indicaba a los religiosos cuatro importantes “fidelidades” que deben motivarlos y guiarlos en la promoción humana integral, de acuerdo con los principios conciliares de renovación y teniendo en cuenta las situaciones del mundo actual. Estas mismas fidelidades: 1) al hombre y a nuestro tiempo, 2) a Cristo y al Evangelio, 3) a la Iglesia y a su misión en el mundo, 4) a la vida religiosa y al carisma del propio Instituto, pueden ser punto de referencia para el empeño de renovación de todos los religiosos en cualquier ámbito y en cualquier dimensión de la propia vida. En nuestro estudio hemos querido utilizar este mismo esquema, porque se ha revelado particularmente iluminador y fecundo. A la luz de estas cuatro dimensiones nuestra reflexión sobre la identidad paulina en su doble expresión, Sacerdote-Discípulo, debe por tanto reconducirnos a las fuentes de nuestro ser, a las motivaciones de nuestro hacer, para vivir con fidelidad creativa el don que Dios nos ha transmitido por medio de Don Alberione, para el servicio de la Iglesia y del mundo.

Destinatarios

Destinatarios de este estudio son todos los miembros de la Sociedad San Pablo y aquellos que se preparan para ser parte de ella. Es necesario por tanto que los superiores y los formadores sean los primeros en recibir estas páginas y en motivar y guiar a la comunidad, a los grupos y a cada uno de los cohermanos, para sacar el mayor provecho. Los beneficios que cada uno pueda aportar ayudarán mucho a la Congregación en el

cumplimiento de la misión que, junto a la Familia Paulina, debe cumplir “*por el Señor y por los hombres del nuevo siglo*” (cfr. AD 15).

La distribución del material en fichas más bien breves y siguiendo un preciso esquema, podrá favorecer la profundización personal, la discusión en grupo y la asimilación que a todos deseamos.

Guía de lectura

En todo caso, será importante que cada uno posea el total de las fichas, el instrumento completo, para que disponga de una visión de conjunto y tenga la posibilidad de efectuar una lectura y reflexión personal. Para el estudio y discusión en grupo sugerimos, en cambio, considerar cada vez, una sola ficha (o dos al máximo, sobre todo si son afines), de modo que los participantes puedan expresar sus opiniones, hacer ulteriores profundizaciones, especificar aplicaciones, hacer correcciones y nuevas aportaciones.

Es competencia de los superiores locales y de los formadores conducir este trabajo de reflexión comunitaria, en base a una orientación substancial que los superiores de Circunscripción y los respectivos Coordinadores de la Pastoral Vocacional y Formación deberán ofrecer a las comunidades (cuáles fichas estudiar comunitariamente, cómo recoger las profundizaciones y aplicaciones, así como las correcciones más significativas que resulten; establecerán la duración y frecuencia de las reuniones de estudio, etc.).

Nunca como en este tiempo se ha vuelto importante la circulación de las ideas, el intercambio cultural. Esta reflexión condividida no debe faltar en nuestras comunidades paulinas, y menos cuando se trata de nuestra identidad. También por esto no consideramos nuestro estudio como un punto de llegada, sino más bien como un punto de partida para un debate fructífero. Es un verdadero instrumento de trabajo. Ninguno está excluido o debe sentirse fuera: jóvenes y adultos, paulinos de todos los países del mundo.

Sea para la reflexión personal como también para el estudio realizado comunitariamente, será importante tener en cuenta, además de las fichas, los otros temas y los apéndices que integran este instrumento.

1. PRESENTES ANTE EL HOMBRE Y ANTE NUESTRO TIEMPO

Ser fieles a la humanidad de hoy, concientes de sus problemas y de sus esperanzas.

Estar atentos a los desafíos del mundo moderno y a los nuevos signos de los tiempos.

Es necesidad imprescindible para nuestra identidad de paulinos.

Palabras como universalidad, inculturación, estudio y preparación, valorización del laicado y del trabajo, deben, cada día más, formar parte de nuestro vocabulario y de nuestra sensibilidad de apóstoles.

1.1 Sociedad moderna y post-moderna

Estamos totalmente inmersos en el tiempo en que nos ha tocado vivir. No podemos olvidar que somos hijos y también corresponsables de nuestro tiempo: como todos, hemos sido formados con las características de la civilización que anima a nuestras naciones. En todas nuestras opciones y proyectos, no podemos dejar de lado nuestra historia. Gracias a Dios, tenemos también la posibilidad de elegir de ella los signos y las motivaciones que consideramos útiles para mejorar la calidad de nuestra vida y responder a nuestras opciones fundamentales. En ocasión de su primer viaje al Oriente, en 1949, así escribe Don Alberione: *“El mundo va desarrollándose rápidamente: los centros urbanos, la cultura, el comercio se desplazan. Revoluciones pacíficas y rápidas se van realizando a través de la prensa, la radio, el cine, la televisión, la aviación, los movimientos políticos, sociales, industriales, la energía atómica... Es necesario que la religión esté siempre presente; que se valga de todo, para un mejor nivel de vida en la tierra y la gloria en el cielo. Quien se detiene o quien va despacio es superado; trabajará un campo donde el enemigo ya cosechó”* (CISP, p. 1010).

Varias son las épocas que han pasado en el curso de la historia. Todas han sido determinadas por la calidad del pensamiento dominante en los varios periodos. En otras palabras, podemos decir que toda época presenta una cultura o civilización, más o menos extendida a toda la humanidad.

Hemos vivido los primeros decenios de nuestra Familia Paulina en la que se considera última fase de la **época moderna**. Época caracterizada por la cultura occidental, entendida también como cultura “contemporánea” y “dominante”. Cultura que se expresa en la industria, en la comunicación de masas y que, en general, entra en la globalización involucrando todas las áreas geográficas del planeta. Las características principales de esta cultura son:

1. El conocimiento del mundo ya no se funda más en la aceptación incondicional de la religión y de sus dogmas, sino en el uso de la razón orientada para adquirir conocimientos físicamente verificables; conocimientos que extienden gradualmente a todo el ambiente que nos rodea: economía, política, justicia y ciencias humanas en general.

2. El Estado es secular y democrático: el fundamento del Estado son los ciudadanos, independientemente de la religión por ellos practicada.

3. La racionalidad tecnológica: el desarrollo de los conocimientos físicos da origen al progreso tecnológico.

4. Secularización de la cultura: completos sectores de la realidad cotidiana – política, social, ética, economía, derecho - se apartan progresivamente de la esfera religiosa y se vuelven autónomos. Esta progresiva invasión de la racionalización en todos los ámbitos de la vida humana crea una nueva cultura, porque comporta una diversa visión de la realidad.

Resumiendo, el hombre moderno se mueve en la convicción de poder manejar correctamente las condiciones elementales de la vida humana con la ayuda de las ciencias, de la tecnología, de la organización, y en la presunción de poder encontrar en ellas las soluciones a todos los problemas de la vida. Una visión vertical del hombre, orientada hacia la eternidad, en el mundo contemporáneo disminuye hasta casi desaparecer. Las últimas referencias del hombre pasan a ser el consumismo, la realización personal, el bienestar, todo lo que es materialmente experimentable en este mundo. En el terreno de esta antropología, los grandes interrogantes existenciales (el sentido de la vida) reciben escasa o ninguna atención, si es que no son removidos completamente de la consciencia.

Sociedad post-moderna. En los años 70 comienza una crisis de la cultura racionalista. La confianza en los sueños de la modernidad se debilitan siempre más. Dos guerras mundiales, holocaustos absurdos y tantas guerras regionales combatidas o todavía en acto, la destrucción ecológica, la siempre mayor distancia entre ricos y pobres en todas partes, la caída de los varios totalitarismos, la crisis de las jóvenes naciones salidas del colonialismo y caídas en dictaduras populistas: son todos acontecimientos que han dejado en el hombre contemporáneo una inseguridad y una desorientación que esperan respuestas satisfactorias.

La caída de las ideologías, el arraigo del pluralismo en todos los aspectos de la vida humana, la simultánea transmisión universal de las informaciones, el relativismo que no obliga a aceptar algún dogma, sino deja la libertad de adherirse a ellos en la medida en que se les considera subjetivamente útiles: estas y otras son las manifestaciones de la cultura que viene definida post-moderna. Cultura contradictoria por la cual el hombre contemporáneo puede al mismo tiempo considerar al Papa como única guía moral para la humanidad entera, y no considerar necesario seguir su enseñanza en las decisiones cotidianas de la vida privada y de solidaridad social. Cultura que puede empujar al hombre a dejarse envolver emotivamente por las miserias de la humanidad, pero permaneciendo incapaz de tomar decisiones consecuentes que puedan cambiar la dirección de su vida. Puede considerarse fruto trágico de esta cultura, quizá el más dramático, el escaso respeto de la vida que se registra en el mundo bajo varias formas, en todas partes.

Junto a estas y otras expresiones negativas de la cultura dominante en el mundo, hoy se ofrecen a la sociedad posibilidades de progreso nunca alcanzadas en el pasado.

Este es el campo en el que debemos vivir y actuar como apóstoles de nuestro tiempo.

1.2 Problemas y esperanzas de los hombres de hoy, los nuevos desafíos y los signos de los tiempos

No somos extraños al mundo de hoy en su conjunto, a los problemas y a las esperanzas de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo. Por el contrario en nosotros debe haber más bien una sensibilidad particular a este respecto, inmersos como estamos, a través de nuestro apostolado, en el mundo de la comunicación social. La misión paulina no es sólo para un grupo o sector humano; “*nuestra misión se dirige, en alguna medida y usando los medios técnicos, a todos: a todas las clases, grupos y edades de toda condición, nación y continente, con atención especial a las masas...*” (UPS I, 372-373).

Consideramos ante todo quiénes son hoy los destinatarios de la comunicación. Se trata del hombre en su ambiente geográfico e histórico, en su vivir cotidiano. No ignoramos por tanto el fenómeno de la movilidad humana, los numerosos focos de guerra, la deuda externa, la búsqueda de mejores niveles de vida y no raramente de sobrevivencia, que empujan a muchos habitantes de los países pobres del mundo hacia los países ricos. Es el fenómeno de la emigración, que involucra a un número creciente de personas. En los países del bienestar asistimos, por otra parte, al envejecimiento de las sociedades de antiguas raíces cristianas y a la pérdida de gran parte de los valores y de las certezas del pasado, que dejan el lugar al pragmatismo, al indiferentismo, al consumismo, al individualismo y al hedonismo (ver el *Mensaje para la jornada mundial de oración por la paz 2002*, n. 4). Nos recuerda todavía Juan Pablo II los desafíos que derivan del *desequilibrio ecológico* que vuelve inhabitable y hostil al hombre vastas áreas del planeta; de los *problemas de la paz*, a menudo amenazada con la pesadilla de guerras catastróficas; del *desprecio de los derechos humanos* fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños. “Son tantas las urgencias a las cuales el espíritu cristiano no puede permanecer insensible. Se debe prestar especial atención a algunos aspectos de la radicalidad evangélica que a menudo son menos comprendidos, hasta el punto de hacer impopular la intervención de la Iglesia, pero que no pueden por ello desaparecer de la agenda eclesial de la caridad”. El Papa hace una referencia específica al deber de empeñarse por *el respeto de la vida de cada uno de los seres humanos*, desde la concepción hasta su ocaso natural, y al deber de proclamar con firmeza que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente sobre el terreno de la biotecnología, no deben ignorar las exigencias fundamentales de la ética. “Para la eficacia del testimonio cristiano, especialmente en estos campos delicados y controvertidos, es importante hacer un gran esfuerzo para explicar adecuadamente los motivos de las posiciones de la Iglesia, subrayando sobre todo que no se trata de imponer a los no creyentes una perspectiva de fe, sino de interpretar y defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. La caridad se convertirá entonces necesariamente en servicio a la cultura, a la política, a la economía, a la familia, para que en todas partes se respeten los principios fundamentales, de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización” (cfr. *NMI* 51).

Considerando los **medios** de nuestro apostolado, no debemos olvidar hasta que punto las nuevas tecnologías y el nuevo lenguaje han revolucionado el mundo de la comunicación. La multimedialidad y la telemática, la interactividad y la hipertextualidad, requieren estructuras apropiadas

Ya no tiene vigencia la unidireccionalidad de la comunicación tradicional: en esa línea estaban enfocadas gran parte de nuestras obras apostólicas.

Se abren para el apostolado nuevas fronteras que necesitan de parte nuestra un cambio de mentalidad, de actitudes, de formación, de estructuras apostólicas adecuadas al ambiente social en que operamos.

Considerando en fin los **contenidos**, “*porque se trata de cristianizarlo todo*” (UPS I, 373), debemos tener presente cómo la búsqueda de libertad y de autonomía a menudo la han hecho olvidar al hombre contemporáneo la dimensión trascendente de la existencia, llevándolo a una consciencia limitada del hombre y de su historia. Esta tendencia es calificada como secularismo. El neoliberalismo en el mundo del trabajo, y sobre todo en el comercio, amenaza con suprimir el concepto mismo de solidaridad connatural al mensaje cristiano, y tan promovido por el magisterio social de la Iglesia en el último siglo. La escala objetiva de los valores, hasta ahora conocida, parece ser sustituida por otra que se basa más en los sondeos públicos que en los valores mismos. Pero, junto con esto, y casi en contradicción, la sociedad ha desarrollado nuevos comportamientos religiosos y una nueva búsqueda de lo sagrado, a menudo fuera del cristianismo. En esta dirección se sitúa *el multiplicarse de nuevas sectas*, el movimiento *new age*, nacido como alternativa al teísmo de las grandes religiones y al ateísmo práctico e ideológico. Emerge una cultura *light*, inestable y superficial, una cultura de lo inmediato en la cual todo se convierte en producto de consumo, objeto de intercambio: el mismo matrimonio, el trabajo, la vida personal.

Estos elementos brevemente señalados, y otros que no hemos mencionado, son un desafío y un empeño para nosotros, llamados a ser apóstoles, evangelizadores, dentro de la cultura de la comunicación. Son “signos de los tiempos” que exigen una interpretación y una respuesta a la luz del Evangelio.

Un adecuado conocimiento de nuestro Fundador nos llevará a reconocer la importancia que él dio al estudio de la historia y de la sociología. El cumplimiento de nuestra misión específica exige una fuerte sensibilidad y una consistente preparación en estos dos campos.

1.3 Universalidad e inculturación en el mundo de la comunicación

“Sintámonos, como san Pablo y en san Pablo, deudores a todos los hombres, ignorantes o cultos, católicos, comunistas, paganos, musulmanes. Amemos a todos. Para todos, nuestro apostolado” (En *Regina Apostolorum*, abril 1951).

El impulso universal por la evangelización caracterizó desde sus inicios el pensamiento y la obra de Don Alberione: la universalidad es característica genuinamente “paulina”, basada sobre el ejemplo de san Pablo, que con valor y tenacidad se dirige a los confines del mundo conocido, no dejándose condicionar por las dificultades y sufrimientos.

Globalización y localización

El mundo de hoy está cambiando, el concepto mismo de sociedad está en evolución. Vivimos y actuamos por encima y más allá de nuestras fronteras. Pertenecemos a una sociedad no delimitada territorialmente, no exclusiva, sino abierta e inclusiva. Los medios de comunicación permiten contactos activos, simultáneos y recíprocos entre los individuos, superando casi cualquier frontera de país, religión y continente. La apertura del horizonte mundial, intensificado en los últimos años, recibe varios nombres: planetización, mundialización, mundo en red... Prevalece el de *globalización*, fenómeno que, partiendo de la economía, se ha extendido a nivel social y cultural. Junto a este movimiento, se registra en todas partes el redescubrimiento de las *culturas locales*. Si por una parte se busca uniformar (globalizar), por otra se descubren y se defienden las características propias del grupo al que se pertenece.

¿En qué medida estos fenómenos inciden en nuestra vida y en nuestro servicio de Evangelización?

“Catolicidad” = universalidad

La nota de la catolicidad es para la Iglesia un apelo siempre más urgente a promover la auténtica universalidad (unidad en la diversidad). A la homologación de la identidad debe contraponerse el primado de la persona sobre toda decisión política o económica. El Espíritu que la anima, la impulsa a intensificar sus procesos de inculturación y de encarnación en la realidad local y sus vínculos de comunión en la realidad mundial. En Iglesia, así considerada, y en el contexto de la sociedad mundial, la vida consagrada recupera un nuevo sentido y encuentra también líneas de solución a los nuevos desafíos que se presentan.

Se hace necesario favorecer en el ámbito de nuestro Instituto una mentalidad capaz de “actuar localmente”, pero de “pensar globalmente”, es decir católicamente, intentando valerosamente aperturas que superen la empalizada de nuestro terreno inmediato y se adentren en el grande y fascinante mundo de la comunicación.

Inculturación y comunicación

Si el uso de los medios es importante para la predicación, es todavía más importante evangelizar la cultura de la comunicación: *“El trabajo en los medios de comunicación... no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio ... es necesario integrar el mensaje mismo en esta “nueva cultura” creada por la moderna comunicación”* (RM 37c). Debemos comprender claramente que hoy *“la comunicación no es el conjunto de los medios, sino es una cultura; no es una nueva disciplina en la formación sacerdotal*

o religiosa, sino una nueva inculturación de la fe". La inculturación es, para el cristiano, un proceso de evangelización a través del cual la vida y el mensaje cristianos son asimilados por una cultura, de manera que se puedan expresar no sólo a través de los elementos de tal cultura, sino vengán a constituirse como principio de inspiración; a un tiempo norma y fuerza de inspiración que transforma, recrea y da nuevo impulso a esa cultura.

El Gobierno general así se expresaba en el documento final del "Seminario sobre Jesús El Maestro": *"Para que nuestros contemporáneos puedan creer libremente, es preciso que la evangelización penetre en las varias culturas, mediante el proceso de inculturación ... Inculturar la espiritualidad paulina en el proceso comunicacional exige hacer de ella parte viva y consciente de la cultura de la comunicación, que se encuentra en continuo desarrollo, siempre lanzada adelante"* (GMIOS 562-563).

Globalización y localización, catolicidad e inculturación, son grandes desafíos que nos interpelan. No basta preguntarse "qué cosa podemos hacer para cambiar la realidad de este mundo", o "qué cosa podemos hacer para transformar a la Iglesia". Debemos, más bien, preguntarnos qué cosa podemos cambiar nosotros, a nivel de mentalidad y también a nivel de estructuras, para que nuestra Congregación sea lugar de vida y de evangelización para todo ambiente cultural.

1.3 Cultura y culturas: la importancia del estudio y de la preparación

La cultura, para la constitución inicial y el desarrollo continuo de la personalidad paulina, es ante todo una *actitud de vida* que valoriza al máximo las propias capacidades naturales y que las dota, con una educación sistemática, de conocimientos teóricos y de capacidades operativas en vistas a la misión apostólica. Cultivada en perspectiva *misionera*, la cultura permite al paulino estar ente todo en sintonía con “los hombres de hoy”: de la patria de origen, del continente al que se pertenece y del mundo entero. Además, el paulino pone su fe y su preparación al servicio de la inculturación del Evangelio en el mundo y en la cultura de la comunicación: anuncio explícito de Cristo a todo ámbito humano, con una visión cristiana.

La formación intelectual debería realizarse en base a un *plan de estudios personalizado* que, terminada la escolaridad obligatoria en cada nación, tenga en cuenta las aptitudes personales, las expresiones de la propia vocación y las exigencias globales de la Congregación.

El plan personalizado de formación cultural confiere a todo paulino algunos *componentes indispensables para todos*: una cultura general en las ciencias humanas y técnicas, la cultura religiosa y del carisma paulino, la cultura en las ciencias de la comunicación y la cultura de especialización en vistas del encargo apostólico, adquiridas con la apertura mental a la interculturalidad, el conocimiento de las lenguas, etc.

Escribía Don Alberione: “*Nuestro apostolado necesita la ciencia. Primero la ciencia general, después la ciencia de los medios de comunicación: por tanto debemos llegar a la redacción no sólo de los libros y de las publicaciones periódicas, sino también para los otros campos de nuestro apostolado: como la preparación de las películas, de los programas para radio, la televisión y el disco, etc.*” (SP, marzo 1968). El Fundador subraya que no es suficiente poseer una cultura rica de *contenidos*, es necesaria una cultura que posea también la competencia en los *medios expresivos* adoptados; las exigencias de los destinatarios, los lenguajes y las leyes de los medios de comunicación que inciden en la selección y en la formulación de los contenidos.

El empeño en la misión paulina, que hace propia el ansia de san Pablo de “hacerse todo a todos” (ver *1Co* 9,22), se realiza hoy en el contexto de la comunicación multi-medial y en red, donde al centro está *el destinatario*. La preparación cultural debe estar a la altura de las exigencias de la misión: una “redacción” que nace de la escucha de los destinatario y del conocimiento de la cultura de la comunicación.

El paulino considera como meta del propio apostolado hacer que el Evangelio se convierta en la base de toda cultura y de todos los sectores de la cultura. Don Alberione muy elocuentemente habla de la universalidad del paulino: “Todas las cuestiones y acontecimientos juzgados a la luz del Evangelio... hacer sentir la presencia de la Iglesia en todos y cada uno de los problemas; espíritu de adaptación y comprensión frente a todas las necesidades públicas y privadas; todo el culto, el derecho, la unión de la justicia y de la caridad” (*AD* 65).

Junto con una amplia y consistente cultura, los paulinos tenemos necesidad de *conocer y comprender las varias culturas*, iniciando con aquellas de la nación donde servimos: historia, lengua, religión, sistema de gobierno, leyes, instituciones familiares, arte, tradiciones, etc. Sin un conocimiento bien cimentado de las culturas no se puede hablar de inculturación y menos todavía de interculturalidad.

1.5 La riqueza del laicado

El Vaticano II considera laicos a todos los fieles excepto los que poseen el Orden sagrado o forman parte del estado religioso (cfr. *LG* 30). Eso quiere decir que la Iglesia, en su gran mayoría, está compuesta de laicos. Es propio de su vocación “buscar el Reino de Dios ocupándose de las cosas temporales y ordenándolas según Dios”. Son llamados “a contribuir, desde adentro y a manera de fermento, a la santificación del mundo, mediante el ejercicio del propio oficio y bajo la guía del espíritu evangélico” (cfr. *LG* 31).

En las Actas del Seminario Internacional de los Editores Paulinos (1988), Bruno Forte nos recuerda que hay una laicidad en la Iglesia, hecha de personas que tienen una propia competencia, una propia dignidad, una propia inteligencia, y que deben ser respetadas. Laicidad en la Iglesia significa un estilo de ser Iglesia y de evangelización que sabe reconocer lo específico de la competencia de cada uno. Significa que ninguno sabe todo de todo, sino que tenemos necesidad, cada uno, de la competencia honesta, leal, seria de los demás; que la Iglesia es pueblo de Dios precisamente por esto, porque no hay ninguno que pueda asumir en sí mismo todos los carismas, todos los ministerios. Por tanto la evangelización ha de ser cumplida conjuntamente en este sentido, aportando cada uno la originalidad de la propia contribución. A nosotros que trabajamos en la evangelización a través de los medios de comunicación, éste principio recuerda la exigencia de estimar las competencias y las profesionalidades específica en todos los niveles.

La laicidad en la Iglesia es también respeto de la condición de encarnación en que ella vive. Laicidad de la Iglesia significa que ella, anuncia el Evangelio, haciéndose cargo del modo de pensar, de vivir, de la humanidad a la cual lo anuncia.

Mirando la historia de nuestra Congregación y de su apostolado específico, se constata que en ocasiones se ha dedicado más atención al enfoque autárquico promovido por el Fundador y menos a su capacidad de involucrar en el apostolado a todos los creyentes y a su visionaria y alta estima de los laicos. Hoy estamos más en grado de reconocer la visión fuertemente eclesial de Don Alberione respecto a los laicos y lo que hizo por ellos para que vivieran una experiencia de condivisione en la fe: “...personas que quisieran mejorar su vida cristiana según el espíritu paulino, uniendo a ello el apostolado realizado con la oración, las obras y los donativos...” (*AD* 122). Todavía más, nos enseña el modo de relacionarnos con ellos: “En la oración que diariamente hacía al Señor mientras levantaba el cáliz, su primer pensamiento era aquel grupo de Cooperadores que todavía hoy es bastante limitado” (*AD* 25). Nos pide interesarnos también por los laicos que se dedican a las obras caritativas y sociales, a la enseñanza religiosa y al culto en sus muchas manifestaciones (*AD* 329).

De estas observaciones y de la naturaleza misma de nuestro carisma emerge la exigencia de una conversión respecto al laicado eclesial. También sobre esto san Pablo es maestro excelente. No se puede descargar sobre los laicos el peso y la fatiga de la actividad apostólica, sometiéndolos a una relación meramente funcional. Don Alberione los hacía partícipes de todo: del espíritu paulino, del carácter apostólico de la obra, del mérito...

La eclesiología de comunión nos invita a valorizar a los laicos no sólo como bautizados sino también como expertos en la cultura de la comunicación. Don Alberione nos

pide ganarnos a los intelectuales, los artistas, los políticos, etc. Nos empuja a entrar en diálogo con el mundo de hoy.

Y no podemos desatender la responsabilidad que nos compete en la formación de los laicos, de tal manera que puedan asumir con plenitud y equilibrio la parte que les corresponde en la común misión de evangelización y promoción humana.

ALGUNAS PREGUNTAS PARA HACERSE EN CADA CIRCUNSCRIPCIÓN

- ¿En qué medida y con cuáles medios se promueve en los paulinos una justa estima de los laicos y la capacidad de trabajar junto con ellos?
- ¿De qué manera vienen acogidos y promovidos en la Circunscripción “el don y la riqueza de los Cooperadores” (AD 121.123)?
- ¿Qué falta para el conocimiento, promoción y formación de los Institutos de Vida Secular Consagrada agregados a la Sociedad de San Pablo como obra propia?

1.6 El trabajo: valor apostólico, solidaridad y condisión

El trabajo, como actividad plenamente humana, nos hace imitar a Jesucristo y nos une al mundo de los trabajadores y a sus problemáticas, a sus esperanzas, a sus derechos. En el mundo del trabajo globalizado se encuentran contrapuestas las áreas económicamente desarrolladas y las de los Países en vías de desarrollo. La mayoría de los paulinos se mueve en medio de estas realidades contrapuestas. Esta situación nos impulsa a comprender aún más profundamente el valor carismático de nuestro trabajo para sacar de ahí posteriores frutos morales y espirituales. Nos empuja también a ser voz profética en la sociedad para defender la importancia y la dignidad del trabajo, mediante el cual cada uno provee al sostenimiento propio y de su familia (ver *GS* 67).

El trabajo paulino está relacionado directamente con el apostolado y tiene un fuerte sentido trinitario. Nuestra misión es en efecto colaboración en la “obra editorial” del Padre: “El Padre celestial y eterno es el Editor del Hijo”, escribía Don Alberione (*Manuscrito inédito de 1938, Archivo histórico SSP*). El paulino con su trabajo participa de la redención efectuada por el Hijo, “que ha venido a iluminar a todo hombre y a responder a sus cuestiones más profundas, poniéndose como la clave, el centro y el fin de toda la historia humana” (*DC* 10). Del Espíritu Santo le viene al apostolado paulino la pastoralidad, como la fuerza inspiradora para “llegar a las personas, salvar a las personas e inventar nuevos medios” (*Predicación sobre el apostolado*, p. 196). Nuestro trabajo se inspira en la experiencia de Pablo: “Pues recuerden, hermanos, nuestros trabajos y fatigas. Trabajando día y noche para no ser gravoso a ninguno de ustedes, les proclamamos el Evangelio de Dios. Los exhortamos hermanos a que continúen practicándolo más y más, y a que ambicionen vivir con tranquilidad, ocupándose de sus propios asuntos, y trabajando con vuestras manos como lo tenemos recomendado, de modo que vivan dignamente frente a los de afuera y no necesiten de nadie” (*1Ts* 2,9; 4,10-12).

“El paulino, escribe Don Alberione, *ejerce un apostolado directo, y con el trabajo da la verdad, realizando una labor de predicación, convertida en misión y que la Iglesia aprueba (...). Con el trabajo de nuestro apostolado aumentan las vocaciones. Pagamos las máquinas y las casas, cumplimos nuestra misión, nos aprueban Dios y los hombres y conseguimos el cielo*” (cfr. *UPS* I, 457-458)). Todas las actividades apostólicas específicas son un “distintivo para los miembros de la Sociedad San Pablo; por tanto se necesita ajustar convenientemente las observancias y prácticas a las exigencias del apostolado” (ver *DC* 9).

Partiendo de estas premisas y mirando hacia el futuro, observamos cómo los tiempos nos piden adaptarnos a las nuevas tecnologías y asumir responsabilidad apostólicas cada vez más exigentes. Delante de tales urgencias es fundamental formar profesionalmente a los paulinos para que estén en grado de dirigir una empresa tal como hoy se entiende. El paulino, en la actividad apostólica del futuro, deberá ser un *líder* capaz de actuar creativamente, a la altura de los nuevos desarrollos de la organización apostólica y de las constantes exigencias de los tiempos.

Podemos indicar otros aspectos sobre los cuales reflexionar para poder actuar según nuestro carisma. En primer lugar **el valor redentor de todo trabajo**, como fue liberadora toda la actividad terrena del Hijo de Dios. Se necesita para esto formar una **mentalidad de servicio** promoviendo todas **las potencialidades de la persona**, no hacer depender el propio valor de la tarea que se desarrolla o de la remuneración que le corres-

ponde; evitar la búsqueda de puestos inamovibles. Es también necesario ayudar a interiorizar una **disciplina del trabajo** y a cultivar **el aspecto creativo**. No debemos olvidar que el trabajo eleva nuestra dignidad de personas, porque nos da la posibilidad de desarrollar nuestras aptitudes y nuestros talentos al servicio del Evangelio. Y *nos conduce a nuestra realización integral como hombres, cristianos y seguidores de Pablo*. Será necesario meditar a menudo los números 124-130 de *AD*.

2. CON LA FUERZA TRANSFORMANTE DE CRISTO Y DE EL EVANGELIO

Para poder de veras ser fieles a la humanidad de hoy debemos ir a las raíces espirituales de nuestra identidad: somos consagrados y enviados por Jesucristo.

Es Él, el Maestro Camino, Verdad y Vida, el centro de nuestra vida, a través de su Palabra y de la Eucaristía.

María, José, Pablo son para nosotros modelos en el camino de configuración a Él.

Algunos signos típicos del encuentro transformante con Cristo: el sentido de humildad y la necesidad de conversión, el espíritu de reparación, la sensibilidad litúrgica.

Una síntesis vital: el espíritu del “Secreto de feliz éxito”.

2.1 Discípulos y apóstoles de Jesucristo, sobre las huellas de san Pablo

Nacida por inspiración e impulso del Espíritu Santo y con la aprobación de la Iglesia, toda Congregación religiosa tiene su primera y fundamental norma de vida en el seguimiento de Cristo, claramente expresada en el Evangelio. Los religiosos en efecto son llamados y consagrados para vivir y testimoniar a Jesucristo que:

- “casto y pobre, redimió y santificó a los hombres (a la entera creación) con su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz” (PC 1);
- “curó a los enfermos y llamó a los pecadores a convertirse, bendijo a los niños e hizo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre” (LG 46).

Toda Congregación, aun teniendo características y funciones propias, participa de la única misión que Cristo confió a su Iglesia cuando dijo:

- “Seréis mis testigos hasta los confines del mundo” (ver Hch 1,8).
- “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura” (Mc 16,15).

En 1954, haciendo casi un balance del camino recorrido por la Familia Paulina en los primeros cuarenta años de su historia, Don Alberione subrayó el reconocimiento que debemos al Apóstol: *“En efecto él es el Padre, Maestro, ejemplo, protector. Él se ha hecho esta familia con una intervención tan concreta y espiritual que ni siquiera ahora, al reflexionarse, se puede entender bien; y tanto menos explicar”* (CISP, p. 147).

San Pablo es el discípulo que conoce al Maestro Divino en toda su plenitud. Él lo ve entero. Sondea los profundos misterios de su corazón, santidad, humanidad, divinidad. Presenta al Cristo total como Él mismo se definió: el Camino, la Verdad y la Vida (ver AD 159).

San Pablo es nuestro modelo y guía como discípulo y como apóstol. Gracias a su plena comunión con Cristo y su imitación de la vida del Maestro, Pablo santifica toda su actividad apostólica y comunica a Cristo a través de su predicación, el testimonio, la oración, el trabajo, el ejemplo de vida: en síntesis, con la entera realidad de su persona. Antes de escribir sus cartas, él fue comunicador del Evangelio de Cristo mediante un proceso de comunicación humana (ver Hch 13,16-41; 17,22-31; 20,18-35).

Ser paulinos significa ser san Pablo vivo hoy, vivir en Cristo y vivir para el Evangelio: “Ay de mi si no predicara el Evangelio” (1Co 9,16). Vivir en Cristo significa ser:

- criaturas renovadas en la mente y en el espíritu, hijos de Dios;
- Prontos a acoger todas las cosas buenas;
- Abiertos a una visión dinámica de la historia según el plan de Dios;
- No poner límites a nuestro amor, para poder hacernos todo a todos” (ver *Constituciones*, 8).

Así interpretaba el Fundador las exhortaciones de San Pablo a la Familia Paulina: *“Él dice a los paulinos: Conozcan, amen, sigan a Jesús Divino Maestro. ‘Sean mis imitadores como yo lo soy de Cristo’. Esta invitación es general para todos sus fieles y devotos. Para nosotros hay algo más, puesto que somos sus hijos. Los hijos reciben la vida del padre; por tanto vivir en él, de él, por él, con él, para vivir a Jesucristo. Se nos pueden aplicar muy bien, las mismas palabras de san Pablo a sus hijos los Te-*

salonicenses a los que les recuerda haberse hecho para ellos forma: 'Ut nosmetipsos formam daremus vobis'. Jesucristo es el original perfecto; Pablo fue hecho y se hizo para nosotros forma; así que en él nos forjamos, para reproducir a Jesucristo. San Pablo-forma no lo es por reproducción física de semblanza corporal, sino por comunicarnos al máximo su personalidad: mentalidad, virtud, celo, piedad...todo. La Familia Paulina, compuesta de muchos miembros sea Pablo-viviente en un cuerpo social" (Del opúsculo "Amarás al Señor con toda tu mente", 1954; cfr. CISP, p. 1152).

2.2 El centro de la vida paulina: Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida

“La devoción al Maestro Divino no es una devoción accesoria: por el contrario envuelve toda nuestra vida espiritual, todos nuestros estudios, todo nuestro apostolado, toda la actividad externa: todo” (Pr 6 [1958], 5).

El título “Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida” expresa la “totalidad” de la persona de Cristo contra cualquier unilateralidad o particularismo. La insistencia sobre el “Cristo integral” de parte de Don Alberione pretende evitar el devocionismo del tiempo y las presentaciones fraccionadas de la fe (ver AD 159-160). El título de “Maestro” no presenta sólo la función de enseñar, sino comprende todas sus funciones de mediador único: guía, modelo y dador de vida según Dios.

El trabajo del paulino es acoger a Cristo, estar en su escuela (Eucaristía y Palabra), dejarse transformar por Él (ver Ga 2,20), anunciarlo en todo momento con el apostolado y con el testimonio de vida.

La perspectiva desde la cual Don Alberione asimiló el texto de Jn14,6 (“Yo soy el camino, la verdad y la vida”) ha tenido una fuerte incidencia en su visión antropológica, que atribuye a la persona humana tres facultades: mente, voluntad y corazón (intelecto, voluntad, afectividad). Cristo, en efecto, se convierte en modelo del hombre integral, punto de referencia para la vida espiritual y origen de la misión apostólica. San Pablo llama “nueva criatura” al hombre que fundamentado en Cristo (2Co 5,17). Todo paulino por lo tanto debe tender a conformarse a Cristo en la **Verdad** hasta la purificación y transformación de la *mente*, asumiendo “los pensamientos y los juicios de Jesús DF, 65). De este modo Jesús se convierte en **Camino** para el discernimiento, para aprender a dirigir correctamente la propia *voluntad*. Conformado así a la **Vida** verdadera, el paulino puede llegar a la santificación del *corazón*... “Así llegaremos a ser expertos maestros de las almas, porque antes hemos sido humildes y diligentes discípulos de Cristo”.

He aquí en síntesis nuestra espiritualidad: *“La Familia Paulina aspira a vivir integralmente el Evangelio de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, en el espíritu de san Pablo, bajo la mirada de la Reina de los Apóstoles. No hay en ella excesivas particularidades, ni devociones especiales, ni superfluas formalidades; sino que se busca la vida en Cristo Maestro y en la Iglesia” (AD 93-94).*

¿Quién es el Cristo integral Camino, Verdad y Vida? No es sólo una fórmula conceptual o doctrinal, o un slogan. En el trinomio Camino-Verdad-Vida está representado el Cristo en toda su plenitud. No debemos correr el riesgo, como ha sucedido algunas veces en la teología, de limitarnos a una lectura intelectual de esta fórmula. Jesús es Verdad porque, siendo verdadero hombre, nos enseña la verdad profunda del ser humano y se propone como ideal al que nosotros los religiosos debemos uniformarnos y proponerle con nuestro apostolado. Jesús es el Camino porque, con su Persona, es la respuesta al hombre de hoy, a sus esperanzas, a sus necesidades, a sus interrogantes. Jesús es la Vida porque es también para nosotros hoy el Cristo viviente. Teilhard de Chardin lo describe como una presencia que nos envuelve enteramente, que llega a ser parte del ambiente mismo en que vivimos: el Cristo Vida que emerge es un organismo vivo y vivificante, no sólo para el hombre y su espíritu, sino también para todo el universo creado, en una plenitud de vida interior y exterior. El Cristo Maestro Camino, Verdad y Vida debe entonces convertirse para nosotros en aquella plenitud, no sólo intelectual sino también vital, que vivifica sea el universo, sea el sentido religioso adormecido. (pensemos, por

ejemplo, en la corriente *new age*: una respuesta desviada a un sentimiento religioso auténtico).

De aquí se sigue, para nosotros paulinos, un triple empeño :

- descubrir y profundizar la plenitud del Cristo Camino, Verdad y Vida;
- vivirla cotidianamente en todo los ámbitos de nuestra existencia;
- difundir de modo sencillo y completo, adecuado a la sensibilidad del hombre contemporáneo, esta riqueza que supera devocionalismos y particularismos; siguiendo así el camino indicado por Don Alberione al proponer a la Iglesia y al mundo la figura de Jesús Maestro.

2.3 La relación vital con Dios en el “Pacto o Secreto de feliz éxito”

Inseridos en el flujo vital de la alianza bíblica, desde la perspectiva de nuestra fe sabemos que somos la descendencia prometida por el Señor a su siervo, Don Alberione. El Primer Maestro, en efecto, es nuestro PADRE en la vocación “por ser el más anciano, debió tomar del Señor para dar a los demás” (AD 2). Él, como hombre de fe, nos guía por los caminos de Dios, siempre inescrutables, con la inquebrantable confianza de Abraham, de María y de Pablo de Tarso.

El Fundador reconoce toda su debilidad e insuficiencia, y la de los miembros de su Familia. A pesar de ello todo lo espera del Señor basándose en la palabra de Dios “busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6, 33).

El espíritu del “Pacto” vivido intensamente por Don Alberione y por los primeros paulinos, conferirá a las nuevas generaciones y a los paulinos de todos los tiempos la garantía (“feliz éxito”) que brota de las promesas de Dios cuando se corresponde a sus proyectos con total empeño, no obstante los propios límites e insuficiencias.

Nacido de la fe, el espíritu del “Pacto” nos sostiene en la respuesta a la llamada del Maestro Divino, modulada por el sí cotidiano, que nos hace auténticos creyentes. Las palabras de nuestro Fundador nos conducen a un clima espiritual particularmente intenso, típico de la época fundacional: “Se necesita tener fe, las obras de Dios se inician no con el dinero, sino con la oración y la confianza en Dios; póngase confianza en Dios y se irá adelante; comenzar con el dinero es ingenuidad” (*Extracto del diario del Señor Maestro don Timoteo Giaccardo*, p. 27).

El Secreto de feliz éxito nació en este clima, cuando la vocación paulina, suscitada por Dios en la Iglesia con una fuerte carga profética, exigía una fe inquebrantable. En este mismo clima somos llamados a vivir hoy, respondiendo el desafío que se ha vuelto aún mayor dada la evolución de los tiempos y la existencia de nuevos medios para nuestro apostolado.

La fe de los “inicios” nos debería caracterizar también hoy, no sólo por el estudio sino también por la santidad, el apostolado y la pobreza, es decir los cuatro aspectos fundamentales de la vida paulina conocidos en nuestra tradición como las cuatro ruedas del carro (AD 100). Además Don Alberione subraya la importancia de no abandonar el cuidado de ninguna de las ruedas de el carro paulino: “Dejar la oración para realizar más obras es una opción dañina. El trabajo realizado en detrimento de la oración no nos ayuda a nosotros ni a los demás; pues le quita a Dios lo que se le debe” (UPS II p.9); y “maldito el estudio, el apostolado, etc. por el cual se deja la oración” (CISP, p. 98); una actitud semejante, incluso en momentos de especial necesidad y urgencia, revela más confianza en nuestras capacidades que en la ayuda de Dios, exactamente lo contrario al espíritu del Pacto. Por otra parte, es también contraria al espíritu del Pacto, la no dedicación total al trabajo apostólico confiado por los superiores.

La gracia de la vocación y del apostolado es confiada a nosotros: débiles, ignorantes, incapaces e insuficientes en todo a fin de que, según las palabras del Apóstol Pablo, se manifieste en nosotros el poder de Cristo, en efecto su potencia, se manifiesta plenamente en la debilidad. El Pacto nos obtiene también de Dios la multiplicación de la san-

tividad y de los frutos de la misión, para que podamos llevar a todos, mujeres y hombres de nuestro tiempo, la salvación de Cristo: santificarnos para santificar. Para desarrollar santamente nuestro apostolado se necesita estar disponibles, es necesario apertura total a Dios y estar atentos a los signos de los tiempos.

El Pacto pertenece a la identidad de nuestra Familia Paulina; tiene el dinamismo propio de la relación gracia-correspondencia, y como objetivo alcanzar el grado de perfección y gloria celestial a que somos llamados y el ejercicio de nuestro apostolado específico.

El “Pacto” debe ser orado, *hecho* con mucha frecuencia y mucha consciencia. Es particularmente oportuno cuando se deben afrontar situaciones difíciles o tomar decisiones importantes, y en aquellas pausas renovadoras del ritmo espiritual y apostólico, como son los retiros mensuales, los ejercicios espirituales de cada año, las profesiones religiosas, la renovación de los votos, etc. Obviamente, no se le debe considerar como una de las tantas oraciones, ni se debe recitar mecánicamente.

A los formadores y a los animadores de la comunidad compete la responsabilidad de catequizar, orientar, exhortar a los paulinos, a todo nivel, a fin que se aproveche al máximo esta preciosa herencia justamente definida por el Fundador “Secreto de feliz éxito”.

2.4 María, José, Pablo: modelos de vida para el paulino

“*Al centro está Jesucristo Camino, Verdad y Vida*”. La espiritualidad paulina es cristocéntrica. Don Alberione, precisamente por esto, siempre ha asociado las personas de María, de José y de Pablo, como modelos de cristificación del paulino.

María es la creatura que la Trinidad ha querido para la encarnación histórica del Verbo. Siendo la nuestra una espiritualidad de encarnación (*Ga* 4,19), el rol de María es insustituible. Jesús se ha entregado a María. Por ella ha sido formado. “*Este es el camino*, comenta el Fundador, *estimar, amar, entregarse a María Santísima*” (*DF*, p. 41).

María inmaculada tiene un rol preciso y precioso en la formación del discípulo y del apóstol. Ella es Madre, Maestra y Reina de los Apóstoles: engendra, forma y guía a los apóstoles de todos los tiempos. Sostiene todos los apostolados y a través de ellos sigue dando a Jesús al mundo.

Nuestra espiritualidad mariana está sintetizada de modo admirable en la plegaria “Consagración de sí mismo a María” (Recíbeme oh Madre)... Como Jesús se entregó a María durante toda su vida, así el paulino se entrega a María. Ella nos guía y nos mantiene en la escuela del Maestro, nos obtiene ser cada día discípulos más diligentes y apostólicamente aplicados. María, honrada también como pastora, nos obtiene conocer a *Jesús-Verdad*, de imitar a *Jesús-Camino*, amar a *Jesús-Vida*: de ese modo nos ilumina la mente, fortifica la voluntad, santifica el corazón. El resultado, en cuanto a la persona, será el mismo que alcanzó san Pablo: “Cristo vive en mí” (*Ga* 2,20); el fruto apostólico será entrega sin medida.

Junto a María, se coloca la figura humilde y alta de san **José**. José es el testimonio de la encarnación, el hombre que las tres Divinas Personas han elegido como custodio de la santa Familia y como guía para Jesús niño y adolescente. Con María, José es modelo de la disposición necesaria para que se encarne Jesús en nosotros: inocencia (“conservada o recobrada, como precisa Don Alberione), y humildad de corazón.

San José es primer modelo del paulino Discípulo (*CISP*, cfr. pp. 32 y 347). Es modelo de laicidad tendida toda a vivir y orientar la realidad terrena en conformidad con los planes de Dios.

San José es también ejemplo de la relación de respeto y de amistad que deben instaurarse entre los superiores y los jóvenes en formación: el Fundador se augura “*que en las casas y en todo el Instituto haya, entre superiores y educandos, cercanía, familiaridad y cooperación semejante a la que había entre Jesús y San José*”. Tal “*acuerdo íntimo, cooperativo, sincero... es comunicación frecuente entre Educador y Educando; es vida familiar; es origen de muchos consuelos; asegura un más alto porcentaje de éxito*” (*SP*, abril 1950).

A san José el paulino pedirá sobre todo estas gracias: “*La vida interior, la santificación propia en el silencio, en la intimidad con Jesús y María, en el cumplimiento de los deberes cotidianos, en el ejercicio de las virtudes individuales y domésticas. Además... el espíritu de apostolado, la cooperación con Jesucristo y con la Iglesia para la salvación del mundo*” (*SP*, febrero 1953).

San Pablo es el fidelísimo discípulo de Jesús, “*el más cumplido y fiel intérprete de el Divino Maestro*” (*DF*, 63). En él el Espíritu Santo colocó “*todos y los mejores dones*”, en particular las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad. Él es el ejemplo más claro de los prodigios que puede cumplir el Espíritu cuando es correspondido. El motivo por el cual san Pablo ha fascinado tanto a Don Alberione es la cumbre de vida mística a

la cual fue transportado por el Espíritu: precisamente esta identificación con Cristo lo ha transformado en el apóstol más grande de todos los tiempos, el apóstol por excelencia.

Don Alberione quiere que el paulino se modele sobre san Pablo: por lo demás, es el apóstol mismo escribiendo a los Tesalonicenses, afirma haberse hecho “ejemplo (forma) a imitar” (2Ts 3,9). El Fundador invita a todos los paulinos que tendamos a la misma meta de Pablo: “Cristo vive en mí”. Y señala con claridad el camino: “El espíritu de san Pablo brota de su vida, de sus cartas, de su apostolado” (AD 94). Todo paulino por tanto, se sentirá interiormente obligado a conocer cercanamente las Cartas de san Pablo para aprehender sus líneas directivas; confrontándose con la vida del apóstol constatará que tales líneas expresan la experiencia espiritual, admirable y a la vez sufrida, a través de la cual el Maestro lo va plasmando; recorriendo las etapas de la actividad misionera de apóstol, percibirá que en ellas está el fruto más rico y fecundo. Por esto, según los anhelos de Don Alberione, todo paulino (y toda la Familia Paulina) es “Pablo vivo hoy” (cfr. *Ficha 2.1*).

Junto a san Pablo, la Familia Paulina honra a san **Pedro** como modelo de pastoralidad y punto de referencia de lo que Don Alberione llamaba la “romanidad” aludiendo así a la unidad de la Iglesia y al debido asentimiento a su Magisterio. “*San Pablo y san Pedro trabajaron juntos, aunque teniendo cada uno una misión particular que desempeñar*” (CISP, p. 614). Uno de los componentes del espíritu paulino, centrado en la persona de Jesucristo, es un grande amor a la Iglesia y una filial adhesión al sucesor de Pedro.

2.5 La Palabra de Dios: asimilada, vivida y anunciada

“Sea el principal estudio... la universal y necesaria ciencia” (DF, 51-52). “El Evangelio debe ser la primera lectura, el primer conocimiento para todos: así pues ninguna lectura espiritual tiene mayor importancia” (DF, 48-49). “La Palabra de Dios es el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario, el principio de unificación de la comunidad en la unidad de pensamiento, la inspiración para la constante renovación y para la creatividad apostólica” (Caminar desde Cristo, 24).

“La Palabra de Dios no está encadenada (2 Tm 2,9)

La Biblia es *Palabra de Dios*. En ella está presente y operante el Verbo divino: Verbo revelador y revelado: anunciado, esperado, encarnado, dado a la humanidad como Maestro y Salvador. Verbo de Dios que permanecerá con nosotros hasta el fin de los tiempos y que debemos anunciar a la sociedad contemporánea. La espiritualidad paulina, centrada en el Maestro divino, es necesariamente bíblica. Para acercarnos a la Biblia, el Fundador nos sugería un espíritu de humildad, de fe, de oración y de conversión continua; no conformándonos con entender los textos sagrados, sino haciendo de ellos contenido esencial y experiencia profunda de nuestra vida espiritual y de nuestros proyectos apostólicos.

Don Alberione señaló una clara prioridad en el contenido del apostolado con los medios de comunicación social: en primer lugar viene la Sagrada Escritura, después la doctrina de la Iglesia, en seguida la moral, la liturgia, y después todo aquello que contribuye al desarrollo de la humanidad (cfr *AE*, 18).

La difusión del Evangelio en particular, y de la Biblia en general, es el deber principal en el apostolado de la comunicación social.

Incalculables son las copias de la Sagrada Escritura que la Familia Paulina ha distribuido hasta ahora, en diversas formas y ediciones, con particular atención a los destinatarios. Característica es la insistencia del Fundador por la difusión de la Palabra pero también por la responsabilidad pastoral que la distribución de la Biblia comporta: no sólo “imprimir” o distribuir la Palabra sino también explicarla, presentarla con un lenguaje vivo y practicable. Saber “traducir” la Palabra de Dios a las varias situaciones sociales y culturales, presentarla de manera digna y comprensible, “repartirla” con un lenguaje que no la empobrezca sino que la haga vital, hacerla accesible en sus presentaciones y capaz de suscitar reacción en los varios momentos históricos y políticos, hacerla objeto del debido culto y veneración: estos desafíos y compromisos son a los que la Sociedad de San Pablo debe responder sin jamás cansarse. La Palabra de Dios, viva y eterna, necesita de una continua “traducción” en la historia para ser siempre la Buena Nueva que consuela, anima y salva. Debemos hacer como san Pablo, que supo encarnar, traducir, llevar el Evangelio en comunión con los otros apóstoles, superando las inevitables dificultades y oposiciones, sin condescender a compromisos que obstaculicen el anuncio.

<p>Como apóstol de la Biblia, nuestro Fundador, merece un lugar de honor. El texto sagrado fue el objeto y el contenido principal de sus iniciativas apostólicas, su pasión. Para difundir la Palabra de Dios y hacerla conocer y amar, se prodigó con una creatividad sin parangón. Actuó y movió que se actuara. La lista sería interminable: traducciones, anotaciones, congresos, jornadas y semanas de la Biblia, cursos por correspondencia, diseños, discos, diapositivas, cine, etc. La quería accesible a todos, expli-</p>
--

cada a todos, acogida por todos, venerada por todos, a la base de toda acción pastoral. Permanece un ejemplo a seguir y también una estructura operativa concreta: la Sociedad Bíblica Católica Internacional, por él fundada y erigida en 1960, en Unión Primaria con Breve Pontificio del Papa Juan XXIII.

“Bienaventurados aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica (Lc11,28)

El apóstol en la Biblia no se limita a difundirla: funda sobre ella la propia espiritualidad y se empeña en el estudio y profundización de la Escritura. Porque si la Palabra de Dios debe ser el contenido principal de nuestro apostolado, la podremos dar sólo si la poseemos íntimamente. Debemos por tanto conocer a fondo la Palabra de Dios, meditarla, dejarnos interrogar, encarnarla y hacerla visible con nuestra vida, a nivel individual y comunitario. El movimiento bíblico del siglo pasado dio notable impulso al redescubrimiento de la Palabra de Dios, y el Concilio Vaticano II subrayó repetidas veces la importancia que ella debe tener en la vida de todo cristiano. Junto con el Pan eucarístico, Cristo nos habla y está presente en la Palabra (SC 7), que escuchada y acogida en la fe nos “convierte”, por medio del Espíritu, para ser a nuestra vez palabra y signo que manifiesta el amor de Dios.

2.6 La Eucaristía: centro dinámico de la vida

“Nuestra piedad es en primer lugar eucarística. Todo nace del Maestro eucarístico como de su fuente vital. Así nació, del sagrario, la Familia Paulina, así se alimenta, así vive, así actúa y así se santifica. De la Misa, de la comunión, de la Visita eucarística procede todo: santidad y apostolado” (UPS II, 10).

La Eucaristía ha tenido una función primordial y caracterizante en la experiencia de Don Alberione, como individuo y como fundador. Imposible separar la historia y la vida de la Familia Paulina de su fuente original, que sigue siendo su garantía de crecimiento y fecundidad: *“Secreto de grandeza y de riqueza es modelarse en Dios, viviendo en Cristo. Por eso [sea] siempre claro el pensamiento de vivir y obrar en la Iglesia y para la Iglesia; de injertarse como olivos silvestres en la oliva vital, Cristo eucarístico; de pensar y alimentarse de cada frase del Evangelio, según el espíritu de san Pablo” (AD 95).*

Jesucristo mismo nos invita a “tomarlo todo de Él, Maestro divino presente en el Sagrario” (AD 157). El Verbo divino, que “puso su morada entre nosotros”, sea hace presente y renueva el ofrecimiento de su sacrificio en cada Misa y se queda en todos los Sagrarios.

La celebración eucarística no es un ritual vacío ni una representación en recuerdo de algo ya pasado, sino uno evento, un memorial, un sacramento que actualiza el único sacrificio hecho por Cristo en su muerte y resurrección; sacramento por él mismo significado con las palabras: “hagan esto en memoria mia”.

El culto eucarístico constituye el alma de toda la vida cristiana y debe serlo para la Familia Paulina. Es un culto que no se cierra en sí mismo. El sentido auténtico de la Eucaristía se convierte en escuela de amor activo hacia el prójimo. La unión con Cristo, Cabeza del cuerpo Místico que es su Iglesia, debe hacerse sensible a todo sufrimiento y miseria, a toda injusticia y ofensa, e inducirnos a buscar la manera de ponerle remedio. Se necesita por tanto superar la tendencia aún demasiado acentuada a reducir la celebración de la Misa a un acto de devoción casi intimista reducido al grupo de los participantes. Don Alberione enseñaba que participar en la Misa *“con consciencia social es transformarla en el más vivo apostolado” (A las familias paulinas, 1954, p. 81).*

La celebración eucarística cotidiana es el centro dinámico de la realidad religiosa del paulino, complemento de su consagración bautismal y crismal. La dinamicidad es dada por el hecho de que todo converge hacia la eucaristía y de ella todo deriva. He aquí por qué, estrechamente relacionada a la celebración eucarística que se vive comunitariamente, hay para el paulino otro polo eucarístico: la “visita” junto al Santísimo todos los días, vivida también ésta con espíritu comunitario aun cuando tenga un carácter más individual. Dos momentos no separados que hacen de la jornada paulina una jornada completamente “eucarística”.

Toda la Familia Paulina converge en la eucaristía para encontrar su alimento. En ese campo la Familia Paulina pide y espera de parte de los sacerdotes paulinos una particular ministerialidad. Una consideración análoga puede hacerse respecto a la misión específica de las hermanas Pías Discípulas. Aquí nos encontramos con un aspecto importante de la función de “altrice” – entendida como impulso para poner a disposición de to-

dos la propia característica – que a la luz del misterio eucarístico adquiere toda su connotación de verdadero servicio, don, acción de gracias. La “sed de las almas” y el “venite ad me omnes” (vengan a mi todos) de Jesús nos permiten entender mejor lo que significa para los paulinos haber “nacido de la hostia”.

En la celebración eucarística la Palabra que se hace Vida (cuerpo y sangre de Cristo) y se convierte en alimento de la comunidad cristiana, fuerza transformante y empujemisionero, adquiere una función paradigmática para la actividad apostólica de todo paulino. En efecto, de maneras distintas, el paulino Sacerdote y el paulino Discípulo, desde los primeros momentos de su formación, son orientados a dejarse transformar y a aprender a transformar el Verbo divino en alimento para el entero Pueblo de Dios.

2.7 La Visita eucarística, don y distintivo de la Familia Paulina

La Visita eucarística es uno de los dones más preciosos hechos por el Maestro divino a la Familia Paulina y transmitido fielmente por el Fundador, que lo vivió con intensidad, lo expuso con claridad y lo recomendó con insistencia. Es un don que nos distingue y que contribuye en modo determinante al proceso de maduración espiritual y fecundidad apostólica del paulino. *“La visita es la práctica que más orienta e influye en toda la vida y en todo el apostolado. Acumula en sí los frutos de las demás prácticas y los hace madurar. Es el gran medio para vivir enteramente de Jesucristo”* (UPS II, 105). Es condición para el desarrollo de la personalidad paulina: natural, sobrenatural, apostólica: *“En la Familia Paulina se encuentran bien determinados los fines; están indicados –en abundancia– los medios, especialmente el tiempo en que el alma, en la hora de adoración, se pone en comunicación con Dios y madura, asimila y aplica cuanto ha aprendido ...”* (AD 164).

Importantes prácticas de piedad a las que están obligados todos los religiosos (cfr. CJC, can. 663) encuentran en la Visita eucarística paulina una relación unitaria, gracias al método propuesto por Don Alberione que sugiere dedicar una parte de la Visita a la lectura espiritual, preferiblemente de la Sagrada Escritura; una segunda parte al examen de conciencia o revisión de vida; y una tercera parte a la oración coloquial o litúrgica.

Valiéndose de este método, en la Visita eucarística se honra con toda la persona (mente, voluntad, corazón) a Jesucristo, que es Camino, Verdad y Vida, y se entra decididamente en proceso de asimilación del Maestro divino, profundizando siempre más el misterio de Cristo, meditando sus virtudes y obteniendo las gracias necesarias para la propia santificación y para el cumplimiento de la misión. *“La hora de adoración cotidiana en la Familia Paulina es necesaria especialmente para su apostolado, Sería una tremenda responsabilidad que no se la hubiera prescrito, porque el religioso paulino no tendría el alimento suficiente para la vida espiritual y para su apostolado. Pero quien la omite asume esa misma responsabilidad, como la asumirían los Superiores que no la hicieran practicar”* (UPS II, 10). Esto “hacerla practicar” no significa una constricción, sino el deber de oficio de los formadores y de los superiores a quienes compete favorecer de modo práctico la fidelidad a la Visita, con motivaciones eficaces de instrucción, horario y lugares adecuados, exhortaciones y buen ejemplo. Aunque se trata de un encuentro muy personal con el Maestro eucarístico, en el *Directorio de la SSP* se aconseja que “en cuanto sea posible sea haga comunitariamente” (art. 54.1). Esta indicación forma parte del necesario estímulo que deben ofrecerse recíprocamente los miembros de la comunidad religiosa.

Don Alberione, por tanto, es el primero que pone en guardia contra el peligro de rebajar la visita al nivel de un mero formalismo, de una práctica que se cumple mecánicamente para observar una norma.

“La visita verdadera es alma que impregna todas las horas, las ocupaciones, los pensamientos, las relaciones, etc. Es la linfa o corriente vital que influye en todo, que comunica el espíritu incluso en las cosas más comunes. Forma una espiritualidad que se vive y comunica. Forma el espíritu de oración que, si se le cultiva, transforma todos los trabajos en oración.

Se necesita la unidad y el movimiento de la vida. Los padres benedictinos viven de la liturgia bien meditada, sentida y practicada, constituye su vida espiritual, activa y ministerial. Eso mismo es la visita eucarística para el paulino” (UPS II, 110).

La instrucción del Fundador continúa con un elenco de peticiones y frutos que se obtienen de la Visita bien enfocada e intensamente vivida. El fruto más bello y consistente es el de la “transformación en Cristo”, el objetivo más alto para cualquier paulino (cfr. Ga 2,20). Entonces concluye Don Alberione – “*la vida se transforma en oración, la oración en vida*” (UPS II, 111).

Para ilustrar el dinamismo de la Visita, el Fundador despliega las más bellas imágenes: el pobre que recurre al Rico, el ciego que busca la Luz, el corazón desorientado que encuentra el Camino, el sediento que bebe de la Fuente, el amigo que va al verdadero Amigo... (cfr. UPS II, 104-105). Pero la imagen por él preferida, y mayormente desarrollada para ilustrar el sentido vivo de la Visita, es la del discípulo ante el Divino Maestro: el paulino acude cada día a la escuela del Maestro para escucharlo, para confrontar la propia vida, para hablarle adorando, dando gracias, propiciando, pidiendo... La Visita es un encuentro, una entrevista, una escuela, una palestra para el progreso integral.

2.8 La liturgia: “libro del Espíritu Santo”

El paulino tiene particulares motivos para estudiar, amar y vivir la liturgia: 1) Lo exige su vocación de comunicador: será por tanto muy sensible y consciente del valor de los signos, de los gestos, de los movimientos, de las palabras, del canto, de los ornamentos, del arte sacro, etc., y de su potencialidad para transmitir lo que expresan. 2) La Eucaristía, centro de la liturgia, es fundamental en la espiritualidad paulina: en la acción litúrgica y en particular en la celebración eucarística, participan el sacerdocio ministerial de Cristo y el sacerdocio común de los fieles: paulinos Sacerdotes y paulinos Discípulos. 3) Contenido del apostolado paulino debe ser todo el mensaje cristiano: dogma, moral y culto. “*El mundo se salvará únicamente si acepta a Jesús como es: toda su doctrina, toda su liturgia. Un Evangelio lleno de catecismo y de liturgia; un catecismo lleno de Evangelio y liturgia; una liturgia (ejemplo el Misal) llena de Evangelio y catecismo*” (CISP, p. 599).

En la época en que Santiago Alberione era un joven seminarista, todavía no se había manifestado plenamente una teología de la liturgia. Hacia fines del primer decenio del 1900 nacía en Europa el “movimiento litúrgico” que sería difundido y desarrollado a través de aquellas publicaciones que el mismo Fundador bien conocía y menciona en el número 71 del *Abundantes Divitiae*. Profundo conocedor de la historia cristiana, él comprendió pronto que el Pueblo de Dios no se puede nutrir sólo con la “piedad popular” o con la espectacularidad de celebraciones solemnes: se necesita ofrecer el alma de la liturgia, lograr lo que el Vaticano II llamará la “actuosa participatio” (la “participación activa”). Junto a las traducciones de la Biblia nacen así los misales bilingües y comentados, para que los fieles puedan comprender mejor las celebraciones que están viviendo. Tampoco queda inexplorado el campo de la catequesis sacramental cinematográfica, para la cual el mismo Alberione se ofreció como actor en un documental interpretando el papel de un sacerdote que bautiza.

Bastan estos escasos datos para que se vea claramente la voluntad que tenía Don Alberione de ofrecer una liturgia a la medida de los fieles: comunicación “teantrópica” (divino-humana) que se hace evento histórico de salvación condivida y acogida. En tal sentido él se acerca al significado original de la palabra *liturgia*, o sea “servicio” (*urgìa*) desarrollado “a favor del pueblo” (*laòs*), viviéndolo en dos modos: a través del apostolado y el carácter “eucarístico” de la Familia Paulina, bien expresado en la complementariedad Sacerdote-Discípulo.

La profundización de la teología trinitaria en su aspecto “económico” – o sea el manifestarse de la Trinidad en la historia –, sobre la base de los estudios del canónico Chiesa, lleva a Don Alberione a una particular sensibilidad al respecto del *mysterium salutis* (la historia como “misterio de salvación”) de la cual se siente parte con la entera Familia Paulina (AD 1-6). Expresión típica, en este sentido, es la “Vía humanitatis” (El camino de la humanidad), que el Fundador ofreció a la Familia Paulina para la Navidad del 1947 (ver el Libro de oraciones de la Familia Paulina).

Los paulinos entran así en aquella liturgia que no es sólo evento ritual local sino que se despliega en la historia como acción santificante (puesta en acto por el Espíritu) acogida y vuelta a ofrecer al Padre en Cristo. En esta clave de plena comunión con toda la Iglesia y con la comunidad cristiana de todos los tiempos, los paulinos celebran el tiempo de Dios (*Liturgia de las Horas*, celebración de los misterios de la salvación en el año

litúrgico y en los sacramentos) y se esfuerzan para que, a través de la acción misionera (el apostolado directo, los estudios, la oración, la santificación), la obra de la misericordia de Dios se expanda, se conozca y se viva.

A nivel litúrgico tenemos algo que decir en la Iglesia. No debemos olvidar, entre otras cosas, la presencia en la Familia Paulina de las Pías Discípulas, que tienen el apostolado litúrgico como expresión importante de su misión específica.

A nivel práctico, es oportuno que en nuestras comunidades se cuiden y se revitalicen siempre más las celebraciones litúrgicas, tanto cotidianamente como en ocasión de las fiestas universales y de aquellas propias del calendario paulino.

2.9 Humildad y conversión continua

En la vida consagrada, la humildad es una virtud indispensable, tanto más necesaria cuanto más altos son los objetivos a alcanzar. *“El religioso paulino – escribe Don Alberione – ha elegido la mejor parte, es decir, la perfección. El no tiene carreras que le halaguen; no busca reconocimientos ni títulos; no trata de alcanzar estima o distinciones; no se preocupa por la paga. Ha renunciado incluso a las comunes compensaciones del clero secular (...) Si el Espíritu Santo nos ilumina, por cuanto depende de nosotros, preferiremos la humillación a la alabanza, la pobreza a la riqueza, el olvido a los elogios, el dolor a los consuelos y a la salud. Hemos de considerarnos los últimos, sin esperar reconocimientos, y ponernos en segunda fila respecto al clero secular...”* (UPS III, 58).

El proceso de conversión continua a que estamos obligados es otra razón para observar la humildad como una virtud esencialmente paulina. *“El dolor de los pecados” significa un reconocimiento habitual de nuestros pecados, de los defectos e insuficiencias. Distinguir en nuestra vocación lo que es de Dios de lo que es nuestro: a Dios todo el honor y a nosotros el desprecio. De aquí nació la oración de la fe, el “Pacto o Secreto de feliz éxito”* (AD 158).

Se remonta a 1923 la revelación a Don Alberione de las tres frases que resaltan en nuestras capillas: “No teman, Yo estoy con Ustedes. Desde aquí quiero iluminar. Tengan dolor de los pecados”, con la añadidura, reportada en el *Mihi vivere Christus est*, “vivan en la humildad” (n. 139). El original latino *cor poenitens tenete* ha sido traducido también como “vivan en continua conversión”. Es interesante la conexión entre la conversión y la humildad, característica particular del hombre que escucha y se deja guiar por el Espíritu. Cómo no recordar a san Pablo, cuya conversión no se reduce al evento de Damasco, sino que fue una manera de vivir toda su misión. Conversión, en efecto, es también aquella actitud que lleva al apóstol a observar con atención la realidad que lo circunda, vigilante a la voz del Espíritu y dejándose guiar por él hacia los caminos, a veces incomprensibles, de la misión.

Ni la profesión religiosa, ni el bautismo realizan en nosotros de una vez por todas la conversión radical. La perfecta configuración con Cristo (el “Vive en mi Cristo” de *Ga* 2,20) es un proceso lento de maduración, con regresiones y caídas. De aquí la necesidad de “habitar” constantemente en el corazón de Dios, a través de la oración y los sacramentos, sobre todo el sacramento de la reconciliación, para sanar las heridas, curar las enfermedades y recibir la fuerza del Espíritu para reemprender el camino. La conversión continua es la línea roja que debe marcar nuestra misión: tenemos en efecto la responsabilidad carismática de estar atentos a las nuevas realidades del mundo, de saber leer los signos de los tiempos, sin encerrarnos en nuestras consoladoras seguridades. Al mismo tiempo, abiertos al Espíritu que siempre le habla a su esposa la Iglesia, debemos tener el valor de “corregir” nuestras líneas operativas cuando sea necesario para evitar la homologación con las mentalidades aberrantes o decididamente mundanas.

La conversión y el seguimiento requieren una plena disponibilidad a Dios, para verificarse en una actitud de sencillez y humildad, docilidad al Espíritu, superación de todo egoísmo y abandono de los propios criterios, para ver y juzgar las cosas del mundo a la luz de Dios. Viene en nuestra ayuda el examen de conciencia o la revisión de vida, que hay que hacer a nivel personal o comunitario.

Debemos tener el valor no sólo de corregirnos a nosotros mismos, sino de “convertir” también nuestras estructuras, comunitarias y apostólicas, para entrar en esos territorios nuevos y riesgosos que esperan el mensaje que salva y del cual, por gracia de Dios, somos anunciadores.

2.10 Espíritu de reparación

Los fundamentos de la reparación no hay que buscarlos en las revelaciones privadas, sino en la Revelación ofrecida a todos en la Escritura y profundizada por la reflexión teológica. Sus puntos de referencia: las nuevas presencias del mal en el mundo y las nuevas expectativas de liberación.

Para aculturar la espiritualidad reparadora, es oportuna una revisión de la terminología en uso, y una consideración de los nuevos reclamos de salvación presentes en tantas expresiones del arte, de la literatura, de la información cotidiana, de la cinematografía... Sin renunciar a términos como la misma palabra reparación (y los conceptos afines: propiciación, oblación, reconciliación, intercesión...), conviene reforzar la doctrina sobre la reparación con términos actualmente muy ricos de significado, como solidaridad, participación, liberación, interacción, corresponsabilidad, unidad, reciprocidad.

A las **debilidades de una espiritualidad reparadora inadecuada** (intimismo devoto, visión del pecado entendido sólo como perturbación del orden moral y religioso, enjuiciamiento de los pecadores vistos como “los malos”, el hecho de asumir la cruz sin una clara dimensión pascual y hasta con actitudes de victimismo patológico, etc.) debemos contraponer los **méritos de una espiritualidad reparadora correcta**: esta brota del doble amor a Dios y a los hombres y se funda en el misterio de la salvación. No se concentra en la persona de Cristo considerado aisladamente, sino visto como el enviado del Padre que, en comunión con Él y con el Espíritu Santo, actúa la redención. Percibida la intervención de Dios en la historia humana como un proceso siempre actual, que abraza todas las realidades del hombre y converge en la restauración universal.

En esta perspectiva, **el verdadero reparador une espiritualidad y empeño apostólico**, evitando así caer en un espiritualismo vacío o en un activismo sin alma. El espíritu de reparación no agota todas las dimensiones de la espiritualidad del paulino, pero lo pone en condición de relacionar estrechamente culto, misión y vida. Según Don Alberrione, el trinomio de la reparación del paulino está constituido por la **vida**, la **piEDAD**, y el **apostolado** (cfr. *UPS IV*, 192).

<p>Si es bien vivida, la espiritualidad paulina, por su fuerte tinte eucarístico, lleva de modo casi espontáneo a la actitud de reparación, que se apoya precisamente sobre la oblación de Cristo, que se renueva sacramentalmente en cada Misa. Todo paulino debería llegar a la Iglesia llevando toda su experiencia de las alegrías y las angustias del mundo, para vivirlas con plena intensidad en esa particular relación de Dios con los hombres que es la Eucaristía y para poder salir llevando consigo compromisos específicos de vida y de apostolado.</p>

El deber de la reparación compete a todos los paulinos indistintamente. La misma reflexión teológica ha reconquistado la certidumbre de que esa tarea es propia de todos los creyente, en fuerza de su sacerdocio bautismal y crismal. Pero, querer, borrar hoy el particular encargo hecho por el Fundador a los Discípulos del Divino Maestro y a las hermanas Pías Discípulas sería un grave error y un empobrecimiento (cfr *UPS I*, 223; *IV*, 191). La doctrina sobre los carismas enriquecida con la eclesiología de comunión reconoce que algunos pueden recibir el “ministerio ofertorial” común a todos los bautizados como un particular encargo. Es el caso precisamente de los paulinos Discípulos. “*Característica particular del espíritu del Discípulo: la reparación*” (*CISP*, p. 1449).

Para una consideración más amplia de este tema, véase el apéndice 6.

Falta en la Congregación, una concreta pedagogía para mantener vivo y transmitir a las nuevas generaciones el espíritu de la reparación. Aplicar esa pedagogía es responsabilidad sobre todo de los formadores y de los directos animadores de las comunidades.

Las circunstancias que dominan el mundo de hoy ofrecen infinitas posibilidades para una saludable reactivación de esta nota que pertenece también a nuestra identidad.

3. EN COMUNIÓN CON TODA LA IGLESIA

La fidelidad al hombre de nuestro tiempo, a Cristo y al Evangelio, se expresan en el espíritu de comunión con toda la Iglesia. Esa comunión redescubierta por el Vaticano II como elemento fundamental del ser cristianos, Pueblo de Dios.

Nuestro mismo carisma es un don del Espíritu al servicio de la Iglesia, mientras el voto de fidelidad al Papa expresa nuestro fuerte ligamen con el Magisterio.

Ser fieles a la Iglesia significa también tomar en seria consideración los aspectos jurídicos que se refieren a nuestra Congregación.

Significa no perder nuestra carga profética y mantenernos abiertos y activos en el redescubrimiento del valor de la mujer, y del laicado en general, y presentes en las nuevas fronteras del ecumenismo y del diálogo interreligioso.

3.1 La Iglesia después del Vaticano II

“La Familia Paulina – afirmó Don Alberione en 1965 – nació cuando el Santo Padre entonces reinante, era poco seguido en sus orientaciones acerca de la prensa, y entonces intervenía. La Familia Paulina nacía también para esto: poner remedio por todo ese conjunto de personas que dejaban que el Papa hablara y luego enseñaban como querían, según sus convicciones, de la manera que juzgaban mejor, sin tomar en consideración a quine poseía la obligación, el deber y el poder de orientar a los católicos en el camino del apostolado” (Pr VO, p. 413). La Iglesia es el ámbito en el cual la Familia Paulina actúa. De la Iglesia la Congregación ha recibido el mandato para el apostolado. La Iglesia tiene exigencias que le derivan del interior y del exterior. Esas exigencias lejos de amenazar la existencia misma de la Iglesia, parecen reforzarla y en cierto modo contribuyen a su renovación.

Exigencias internas. El Concilio Vaticano II había suscitado muchas esperanzas para la renovación y la puesta al día de la Iglesia. Después de más de treinta años, Juan Pablo II así se expresaba en la *Tertio millennio adveniente*: “El examen de conciencia debe mirar también la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio. ¿En qué medida la Palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la Dei Verbum? ¿Se vive la liturgia como « fuente y culmen » de la vida eclesial, según las enseñanzas de la Sacrosanctum Concilium? ¿Se consolida, en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la eclesiología de comunión de la Lumen gentium, dando espacio a los carismas, los ministerios, las varias formas de participación del Pueblo de Dios, aunque sin admitir un democraticismo y un sociologismo que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico espíritu del Vaticano II? Un interrogante fundamental debe también plantearse sobre el estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. Las directrices conciliares —presentes en la Gaudium et spes y en otros documentos— de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado sin embargo por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, siguen siendo válidas y nos llaman a un compromiso ulterior” (TMA, 36).

Esta serie de preguntas hechas por el Papa no son retóricas. Cada una permite entrever un preocupante déficit en un determinado campo de la acción pastoral o de la vida cristiana. No obstante el camino recorrido y el espléndido testimonio de excelentes cristianos en los últimos decenios del siglo XX, permanece la percepción de abandono y casi traición al espíritu conciliar en el conjunto de la Iglesia: fieles y jerarquía. Está por tanto bien fundada la insistente invitación de Juan Pablo II a retomar en mano los documentos del Vaticano II para redescubrir el tesoro de estímulos doctrinales y pastorales allí contenidos. De este empeño nosotros los paulinos estamos llamados a ser testimonio y agentes.

Hacia fuera, la Iglesia se encuentra conviviendo con un movimiento siempre más fuerte de secularismo. Desde que, en las naciones de antigua tradición cristiana, ha perdido su incidencia en las relaciones con la autoridad civil, se han evidenciado la separación entre la Iglesia y el Estado, la autonomía del Estado y la autonomía de la ciencia y del comercio. La Iglesia ha perdido su tradicional posición de preeminencia; el secularismo trata de imponerse sobre todas las realidades humanas, relegando los valores religiosos al ámbito privado.

Una exacerbada mentalidad secular quiere no sólo libertad de religión sino libertad respecto a la religión: ésta, en muchos países, se ha convertido en un mero hecho cultural, ya no en una fuente de significado y de motivaciones para la vida. La Iglesia tiene necesidad, más que nunca, de establecer una relación serena con el mundo y las fuerzas seculares; tiene necesidad de saber adaptar sus medios de evangelización a las diversas situaciones geográficas y culturales: de esto depende también el ser percibida en un sentido o en otro.

El catolicismo ofrece todavía respuestas validísimas a las preguntas existenciales y más profundas del hombre sobre el significado de la vida y las razones para esperar. Este hecho puede garantizar la presencia continua de la Iglesia. En este complejo contexto es donde los paulinos tienen que actuar, con la fuerza de su carisma al servicio del hombre y de la Iglesia.

3.2 El “carisma paulino” en la vida de la Iglesia

“Todo carisma auténtico lleva consigo una cierta carga de genuina novedad en la vida espiritual de la Iglesia, así como de peculiar efectividad, que puede resultar tal vez incómoda e incluso crear situaciones difíciles, dado que no siempre es fácil e inmediato el reconocimiento de su proveniencia del Espíritu” (Mutuae Relationes, n. 12 primera parte).

El carisma paulino. – “Una de las actitudes características del Primer Maestro es la vigilancia pastoral; es decir, la sensibilidad, intuir con penetrante claridad y con fuerte anticipación las necesidades del Pueblo de Dios. Por una moción del Espíritu, él, intuye las corrientes dinámicas de su tiempo y a tal intuición adecuó dócilmente su acción y sus fundaciones, dispuesto a socorrer espiritualmente a los hombres”. La manifestación dada a nuestro Fundador por el Espíritu para el bien común es nuestro *carisma* (DC 1969-1971, n. 36). El carisma del Fundador se concretizó en la fundación de la Congregación y de la entera Familia Paulina. Con la aprobación de la Iglesia, nuestro apostolado específico se transforma oficialmente en parte de su misión: acción que se cumple en nombre de la Iglesia, para la Iglesia y como Iglesia. “La fidelidad al carisma del Fundador se hace, pues, fidelidad a la Iglesia” (cfr. DC n. 41b).

“La caracterización carismática propia de cada Instituto requiere, tanto por parte del Fundador cuanto por parte de sus discípulos, el verificar constantemente la propia fidelidad al Señor, la docilidad al Espíritu, la atención a las circunstancias y la visión cauta de los signos de los tiempos, la voluntad de inserción en la Iglesia, la conciencia de la propia subordinación a la Sda. Jerarquía, la audacia en las iniciativas, la constancia en la entrega, la humildad en sobrellevar los contratiempos. La exacta ecuación entre carisma genuino, perspectiva de novedad y sufrimiento interior, supone una conexión constante entre carisma y cruz...” (Mutuae Relationes, n. 12 segunda parte).

Características de un apóstol paulino. - Don Alberione insiste en que los paulinos tengan una profunda cultura teológica y calidad interior, para difundir la doctrina cristiana con incondicional fidelidad a la Santa Sede. Ellos deberán divulgar la Palabra de Dios con el mismo corazón con el cual predicó el Divino Maestro, con el celo de san Pablo y con la humildad de la Virgen María. La prima primera prioridad para un apóstol es la vida interior. Sólo en la vida interior encontrará el paulino la capacidad y las energías para vivir, y ayudar a otros a vivirlo, a Jesucristo Camino, Verdad y Vida.

Eficacia apostólica. - En una de sus páginas más bellas y visionarias a propósito del apostolado de la edición, Don Alberione escribe en 1950: “*Son necesarios para una producción editorial, de películas, de estaciones de radio y de televisión grandes inversiones y continuidad. Esto supone organización, abundancia de personal preparado, rotación oportuna del mismo, recursos económicos (...) Tratándose de empeños delicados moral y económicamente, siempre es necesario: por una parte que se apliquen religiosos auténticos, y de la otra parte que se observen las normas de la Iglesia en relación a la administración; y una continua vigilancia de los Superiores (...) Estén bien persuadidos de que en estos apostolados se requiere un mayor espíritu de sacrificio y piedad más profunda. Tentativas en vano, sacrificios de sueño y de horarios, dinero que nunca alcanza, incomprendimientos de muchos, peligros espirituales de toda clase, perspicacia en la elección de los medios... ¡Salvar, pero antes salvarnos! Necesitamos santos que nos precedan en estos caminos no recorridos aún y, en parte, ni siquiera trazados.*

No es un trabajo para aficionados, sino de verdaderos apóstoles...” (CISP, pp. 806-807).

“La prensa, el cine, la radio, la televisión, constituyen hoy las más urgentes, las más rápidas, las más eficaces obras del apostolado católico. Puede ser que los tiempos nos reserven otros medios mejores. Pero al presente parece que el corazón del apóstol no pueda desear nada mejor para darle Dios a las almas y las almas a Dios” (UPS I, 313).

Paulinos para el nuevo milenio. - La previsión que hacía Don Alberione en 1960 se ha verificado. Los nuestros, son los tiempos de las modernas tecnologías de comunicación. Computadora y satélites están revolucionando el mundo de la comunicación en que se forman las nuevas generaciones. Todos viven con el ansia de ocupar el mayor ciberespacio posible. Exactamente por la naturaleza de nuestra vocación, los paulinos tenemos una función de guías en el mundo de los medios. Debemos empeñar nuestra creatividad y nuestra imaginación para abrirle caminos al Señor en el espacio de la comunicación global, proclamando con valentía y con fuerza que Dios quiere compartir su vida con todo ser humano. Pero es condición indispensable que esto parta de un corazón de verdadero apóstol.

3.3 Decir y dar “algo” a la Iglesia

“Don Alberione le ha dado a la Iglesia nuevos instrumentos para expresarse, nuevos medios para dar vigor y amplitud a su apostolado, nueva capacidad y nueva conciencia de la validez y de la posibilidad de su misión en el mundo moderno y con medios modernos” (Papa Pablo VI, 28 junio 1969). Con estas palabras, el Papa Montini reconocía un triple mérito en esa peculiar aportación de Alberione a la Iglesia: instrumentos, estrategias y mentalidad. Una contribución que va más allá de los medios.

El párrafo que precede las palabras citadas en el discurso de Pablo VI, ve así a Don Alberione: “humilde, silencioso, incansable, siempre vigilante, siempre recogido en sus pensamientos que van de la oración a la acción (...), siempre ocupado para escrutar los ‘signos de los tiempos’ o sea las más geniales formas de llegar a las almas”. He aquí otra lección que se ofrece a los paulinos de todos los tiempo, para que podamos contribuir válidamente en la misión de la Iglesia: pasar de la oración a la acción; de la reflexión sobre las condiciones del mundo a las propuestas e iniciativas concretas de apostolado.

La oración misma es una fuerte contribución a la vida de la Iglesia. Enseña Don Alberione: “*La oración para el hombre, el cristiano, el religioso, el sacerdote, es el primero y el máximo deber. Ninguna contribución mayor podemos darle a la Congregación que la oración; ninguna obra más útil para nosotros que la oración; ningún trabajo más fructuoso para la Iglesia en un sacerdote que la oración*” (20 abril 1937, CISP, p. 87).

La oración auténtica procede de una vida y genera vida. Forma parte de un testimonio global, del aporte que todo cristiano ofrece como individuo a la construcción del Reino. Con mayor razón el religioso, cuyo estado pertenece de por sí a la nota de santidad propia de la Iglesia, contribuye a embellecerla y enriquecerla espiritualmente con su personal empeño de santificación. El Fundador definía la vida religiosa como “una vida cristiana de alta tensión” e invitaba a sus hijos a ser “verdaderos religiosos” y a no refugiarse “en una especie de diletantismo religioso” (cfr. UPS IV, 187-188). Los invitaba a ser santos para poder actuar como servidores fieles y eficaces en la Iglesia, porque “las obras de Dios se hacen con los hombres de Dios”.

La vida religiosa paulina tiene sus propias características y cuenta con particulares dones de parte del Señor. Es sostenida por una espiritualidad cristocéntrica bien definida y ampliamente ilustrada por el Fundador (cfr., por ejemplo, AD 159-160). Ahora bien, “La espiritualidad paulina es nuestra voz profética en la Iglesia. Divulgarla es, por tanto, incumbencia de cada uno de nosotros, ya que tenemos, al respecto, un cometido específico que cumplir” (Constituciones, Art. 13). Obviamente, la primerísima responsabilidad del paulino será la de conocer y vivir él mismo esta espiritualidad: “*Para salvarse es del todo necesario establecerse en Jesucristo Camino, Verdad y Vida; para ser cristianos es del todo necesario vivir en Jesucristo Camino, Verdad y Vida; para ser religioso paulino es del todo necesario vivir mejor en Jesucristo Camino, Verdad y Vida; para realizar el apostolado es del todo necesario dar a Jesucristo Camino, Verdad y Vida*” (1958, CISP, p. 1219).

“La Pía Sociedad de San Pablo – escribe Don Alberione en 1957 – tiene algo que decir al mundo: nos hemos puesto en camino no para andar vagando, sino con una meta fija y con medios estudiados y perfeccionados” (SP, mayo 1957, CISP, p. 165). Nuestra meta: la evangelización; nuestros medios para el apostolado: los más rápidos y eficaces; el espíritu que nos debe animar: el de san Pablo, discípulo y apóstol incondicional del Maestro divino.

Ver también la ficha 4.11 “Profetismo” paulino.

3.4 El voto de fidelidad al Papa y las relaciones con el Magisterio

Asociados en la primitiva historia de la Iglesia y en la celebración litúrgica, los apóstoles Pedro y Pablo son inseparables. En la Escritura, particularmente en los *Hechos de los Apóstoles*, encontramos las razones profundas por las que la Iglesia une a Pedro y Pablo. Las dos figuras destacan a lo largo de esta historia. Pedro es presentado claramente como cabeza visible y punto de referencia de la unidad de la Iglesia. Pablo representa mayormente la apertura a todo el mundo y la expansión de la Iglesia. Aun evitando categorizaciones absolutas, no carece de fundamento reconocer en Pedro el principio de la unidad, el primado de una jerarquía de servicio (“Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...”, *Mt* 16,18); y en Pablo el principio de la expansión misionera (“Siervo de Jesucristo, apóstol por vocación, elegido al servicio del Evangelio ...” *Rm* 1,1). Los dos principios, las dos fuerzas – de unificación y de expansión – están presentes e interactúan en la Iglesia. Las dos son necesarias: se trata de fuerzas complementarias que se integran en vital equilibrio.

La auténtica devoción a san Pablo conduce a la verdadera devoción a san Pedro, y esto tiene una expresión privilegiada en la adhesión filial y diligente al Vicario de Cristo, el Papa.

Don Alberione consideraba necesario el voto de fidelidad al Papa en cuanto se refiere al apostolado, por razón de la universalidad del apostolado paulino. Este cuarto voto está presente desde los inicios del Instituto: en aquel periodo histórico, en efecto, la sociedad y la Iglesia misma estaban atravesando momentos de rechazo a las directivas del Papa y de la Santa Sede. La introducción del voto de fidelidad al Papa, en la profesión religiosa de los paulinos, además, se basa sobre la experiencia mística del Fundador y sobre su visión cristológica unitaria (ver *AD* 15; 20; 49).

El voto tiene un contenido eminentemente apostólico, que se expresa como manifestación vivísima de pertenencia a la Iglesia y de asentimiento a las directivas magisteriales y a las orientaciones pastorales del Papa (*DC* n. 478). Ello acrecienta en nosotros los paulinos la conciencia de vivir, servir y actuar en la Iglesia y por la Iglesia (*AD* 95). La misión de Pablo, en efecto, se caracteriza por la universalidad y es complementaria y coesencial respecto a la de Pedro, que se expresa en la “romanidad”: con el cuarto voto, pues, el Fundador nos ha dejado como herencia carismática también al apóstol Pedro (*AD* 157; *UPS* IV, 119).

La **universalidad** (*AD* 64) y la **romanidad** (*AD* 115) son por tanto aspectos inseparables en el carisma fundacional del Instituto. Esta doble dimensión está bien expresada en estas palabras de Don Alberione: «**En la Congregación no existen nacionalidades, sino solamente catolicidad**, una vez que un Instituto es *iuris pontificii*, es decir directamente sujeto al Papa» (*UPS* I, 52).

La observancia de este voto marca nuestras fronteras misioneras siempre abiertas: nada nos puede obstaculizar nuestro empeño de llevar también a los más lejanos la Palabra de salvación. Esto nos permite actuar fielmente y con creatividad en el campo de la comunicación social.

La palabra “romanidad”, hoy caída en desuso, era muy querida al Fundador, que no la tomaba a la ligera. En su *Catecismo Social* (1949), después de haber recordado, en el n. 100, las notas características de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad y

apostolicidad, en el número siguiente afirma: *“Estas características se pueden resumir en una sola palabra: romanidad o unión con el Romano Pontífice”*.

Independientemente del “cuarto voto” y en cualquier momento de la historia, la Congregación está llamada a testimoniar un grande amor a la Iglesia, una particular adhesión al Vicario de Cristo y una especial docilidad y diligencia respecto al Magisterio.

De modo particular, el apostolado nos pone al servicio y en colaboración mutua con la Iglesia local, donde estamos presentes con nuestra misión. Así nuestra evangelización es realmente inculturada y nosotros nos encontramos en sintonía con la pastoral de la comunidad en la que estamos operando. Insertados correctamente en la Iglesia local, conoceremos mejor la realidad y responderemos a las necesidades de nuestros destinatarios, sin entrar en contradicción o actuar en oposición con los demás agentes de la pastoral.

El cuarto voto nos vincula permanentemente con la Iglesia católica. Seremos siempre el nexo entre las directivas del Magisterio y el Pueblo de Dios, ansioso de recibir “el pan y el pescado” de la multiplicación, que nosotros como apóstoles hemos de repartir al hombre de hoy.

3.5 Sacerdote y Discípulo: algunos aspectos jurídicos

La cuestión jurídica, no obstante ser un argumento que siempre ha despertado un notable interés al interno de nuestra Congregación, no parece ser actualmente una de las preocupaciones más apremiantes. Mucho más importante, en cambio es el esfuerzo de reavivar el sentido de nuestra identidad carismática y nuestra respuesta a las expectativas de la Iglesia y de la sociedad.

En relación con el actual Código de derecho canónico (can. 588) la Sociedad de San Pablo es una “Congregación religiosa clerical” de vida apostólica (ver *Constituciones* n. 2). La clericalidad está determinada sobre todo por el fin y por las tareas propias del Instituto. La Sociedad de San Pablo es efecto Congregación docente: nuestro apostolado es verdadera predicación que se realiza “no sólo en base al carácter impreso en sus miembros por el bautismo y la confirmación, y en virtud de un mandato extrínseco de tipo jurídico, mediante el cual la jerarquía la asociaría a su propia misión y a la propia predicación, sino en virtud del *carácter del orden sagrado* de sus miembros sacerdotes” (DC 24). El don del sacerdocio ministerial pertenece por esto al carisma fundacional no sólo de la Congregación sino de la entera Familia Paulina. Pero el paulino Discípulo no desarrolla una actividad subsidiaria o de segundo grado. Su aporte está íntimamente asociado al apostolado específico sacerdotal. La presencia del Discípulo es complementaria y coesencial a la del sacerdote. Discípulo y Sacerdote se constituyen mutuamente “paulinos”.

En lo que respecta a los derechos y deberes, estos son comunes a todos los miembros, “excepto los que provienen del Orden sagrado”. Todo miembro tiene “en línea de principio, acceso a todas las formas de apostolado y a los puestos de responsabilidad en base a un único criterio: el don de Dios, la competencia, la experiencia, la madurez y el equilibrio” (DC 26).

Conviene notar que lo que otras Congregaciones están descubriendo hoy, en su esfuerzo por renovar en su interior la fisonomía del llamado “hermano laico”, la Sociedad de San Pablo ya lo posee como carisma propio heredado por Fundador.

Como es bien sabido, para el servicio de gobierno, en base al derecho vigente, se requiere el Orden sagrado. Habría que aclarar además lo concerniente al nivel y a las competencias de gobierno. El *Manual de la Autoridad*, apoyándose en la función jurídica de la “delegación” indica en este campo amplias posibilidades.

Perspectivas

Independientemente de la respuesta que pueda venir de la comisión eclesiástica encargada de estudiar la posibilidad de que los hermanos accedan también a responsabilidades de gobierno (VC 61), el paulino, Discípulo o Sacerdote, es bien consciente que el superiorado es un servicio de animación a ejercer y no un derecho para ostentar o una promoción a la que se tienda. Hay mucho por alcanzar en la conciencia del valor profético de la vocación del Discípulo, en cuanto pleno ejercicio del sacerdocio de los fieles, continuo acto de culto y “liturgia de la vida” (Rm 12,2). Todos estamos llamados a comprender y a vivir más y mejor la complementariedad entre Sacerdote y Discípulo.

Todas las consideraciones jurídicas serían estériles si en la vida práctica no fueran acompañadas por:
--

1. estima recíproca;
2. empeño formativo serio para todos, candidatos y profesos, independientemente de la especificidad de su específica llamada;
3. una más sentida comunicación, condisión, corresponsabilidad en la elaboración de los proyectos apostólico-administrativos, en su realización y en la sucesiva verificación.

En un mundo donde rige la ley de la primacía, de la ambición, del triunfo, el paulino, Sacerdote y Discípulo, debe ser testigo claro de que el camino central del seguimiento sigue siendo el de la *kénosis*, de la renuncia y del despojo de sí mismo (*Fil 2,5ss*) para el crecimiento del Reino.

3.6 La presencia femenina

Desde 1908, pensando en el futuro inicio de la Familia Paulina, Don Alberione había comenzado la búsqueda de jóvenes y muchachas candidatos para su obra (cfr. AD 103). “Hacia 1910 dio un paso definitivo. Vio, bajo una mayor luz: escritores, técnicos, propagandistas, sí; pero religiosos y religiosas” (AD 24). En 1916, después de los primeros pasos y grandes dificultades, comenzó a inculcar en los jóvenes que lo había seguido, el verdadero sentido de la fundación, que, según él tenía que estructurarse en tres ramas: masculina-religiosa, femenina-religiosa, y la tercera laica-masculina-femenina (*Programa* 15 agosto 1916). “Para la Buena prensa son necesarias misioneras como para la obra de la propagación de la fe entre los infieles. ... Muchas tareas son propias de la mujer: en muchas... ellas obtienen mejores resultados...” (UCBS marzo 1922). A 80 años de esta última cita, de las diez instituciones que integran la Familia Paulina cinco son totalmente femeninas y dos reúnen personas de ambos sexos; de las cinco Congregaciones paulinas cuatro son femeninas y sólo una masculina. Es bastante evidente el peso que la mujer tiene en el desarrollo de la entera Familia Paulina. Es muy ilustrativo lo que Don Alberione escribió en *La mujer asociada al celo sacerdotal*: “...la mujer de hoy debe formar al hombre de hoy...” (Pág. 39) y “...la mujer es fuerte en su corazón; ... no se pone a razonar su ideal, sino que lo intuye y, haciéndolo suyo, lo ama con todo su ser y tiende a él con todas sus fuerzas; lo sostiene apasionadamente frente al hombre ...” (Pág. 55). En esta obra del Fundador, ya están anunciados los campos de apostolado de la mujer en la futura Familia. No hay que olvidar que, aunque la primera edición de esta obra es de 1915 y fue uno de los primeros libros impresos en la recién nacida *Escuela tipográfica “Pequeño obrero”*, el Fundador pensaba en ella desde el 1911 (ver AD 109).

La dignidad y vocación de la mujer es por tanto, para nosotros paulinos, un hecho “teóricamente” adquirido: estamos suficientemente instruidos en cuanto a su dignidad y a la función destacada que ocupa o debería ocupar en la Iglesia. El reciente *Proyecto unitario de Familia Paulina* elaborado por una Comisión intercongregacional de la misma: *Dar al mundo a Jesucristo Camino, Verdad y Vida* (marzo 2001) ilustra la diversificada riqueza carismática que la mujer “paulina” representa.

No obstante como en la práctica el reconocernos como una verdadera Familia es un objetivo todavía no alcanzado plenamente, en el mismo nivel se sitúa el ser capaces de una plena y madura colaboración, hecha de conocimiento y estima, intercambios y recíprocos enriquecimientos en la común consagración y misión de “dar al mundo a Jesucristo Camino, Verdad y Vida”.

Aquí el trabajo a desarrollar puede inspirarse en el mensaje del documento *Vita consecrata*: “la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de auto comprenderse, de situarse en la historia e interpretarla, y de organizar la vida social, política, económica, religiosa y eclesial” (n. 57). Debemos alcanzar aquella plena hermandad querida por nuestro Padre común, si queremos ser y actuar en la Iglesia: en fidelidad a los particulares carismas específicos y al carisma unitario de Familia.

Superando cualquier forma de conflictualidad entre los sexos, debemos empeñarnos seriamente en la formación integral intercongregacional, a todo los niveles y en todos los sectores, sin desatender los aspectos relacionales, humanos espirituales.

3.7 La “laicidad” en la Congregación

Aunque la condición jurídica de la Sociedad de San Pablo es la de congregación religiosa clerical (cfr. *Constituciones*, Art. 2), en su específico apostolado la nota de “laicidad” es fundamental. Con esta afirmación queremos referirnos a la apertura, actualidad y novedad de medios adoptados para la promoción humana y la evangelización. Destinatarios de nuestro apostolado: todas las categorías de personas; campos de interés: todas las cuestiones que involucran a la sociedad; contenido prioritario de la obra apostólica: toda la doctrina cristiana, toda la moral, todo el culto; los medios y los lenguajes: los de la comunicación social, los más rápidos y eficaces.

La nota de “laicidad” propia de nuestro apostolado encuentra en los paulinos Discípulos una particular idoneidad que el Fundador ciertamente percibía cuando confiaba a ellos la técnica y difusión. Hoy es admitido por todos que no existen preclusiones (sectores reservados) para ningún paulino –Sacerdote o Discípulo– en ningún campo o momento del apostolado paulino. Pero permanece el sentido y el valor de aquel “espacio típico” o mayor propiedad de que se interesó el Capítulo General Especial (1969-1971) y que entró a formar parte de nuestras *Constituciones* (cfr. Art. 5). Si así no fuese, no sucedería, como alguna vez sucede, que algún paulino Sacerdote llegue a decir que no sabe el para qué de su sacerdocio ministerial. Evidentemente, por necesidad de circunstancias (casi siempre), pero también por lagunas en la formación (en tantos casos), buen número de paulinos Sacerdotes ocupan puestos o desarrollan roles que serían más apropiados para paulinos Discípulos, mientras en cambio, sigue siendo escaso el número de los paulinos dedicados a la redacción y a otros trabajos más en consonancia o propios para el paulino Sacerdote. En el balance que hizo de la “Jornada para los Discípulos de Jesús Maestro” celebrada en 1965, Don Alberione ya hacía notar la necesidad de no subvalorar lo que hoy llamamos “espacio típico”: “*Sacerdotes que se desalientan cuando son destinados prevalentemente a la técnica! Por otra parte el Discípulo estará más contento asumiendo la dirección de sus propios apostolados*” (SP, enero 1965, CISP, p. 1446).

La falta de una profundización de la nota de “laicidad” de nuestra misión y de la vocación de los paulinos Discípulos, es una de las causas por la cual algunos, sin reflexionar, llegan a definir a los Discípulos en negativo: como aquellos paulinos que no tienen el Orden sacerdotal. Quienes así se expresan no tienen en cuenta ni las enseñanzas del Fundador, ni la normativa propia de la Congregación, ni la doctrina del Magisterio. El Decreto *Perfectae caritatis* afirma con claridad que la vida religiosa laical es un estado, en sí mismo completo, de profesión de los consejos evangélicos (cfr. PC 10). Se necesita llegar a las raíces y por tanto al sentido de la “laicidad” presente en los paulinos Discípulos y en la índole misma de nuestro carisma; tales raíces se encuentran en la eclesiología de comunión y proceden del Evangelio: Cristo, a través de la Iglesia, continúa en la historia, en medio de las realidades del mundo, su obra de liberación y de salvación. Él está presente como Cabeza y todos los bautizados son los miembros.

Así oró el Maestro por sus discípulos: “No te pido los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. Ellos no son del mundo, como Yo no soy del mundo” (Jn 17,15-16). Les dio a ellos estas consignas: que fueran “sal de la tierra” y no perdieran el sabor; “luz del mundo”, pero no para ponerla debajo del celemín; “ciudad puesta sobre un monte” (cfr. Mt 5, 13-15); “grano de mostaza” que crece y se convierte en un árbol (cfr. Mt 13, 31-32); “levadura” que hace fermentar toda la masa (cfr. Mt 13, 33). Los envió al

mundo entero y les garantizó su presencia: “Vayan y enseñen a todas las naciones (...) Y he aquí, que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”(Mt 28,19-20).

La Iglesia, por tanto, se mueve en el mundo, dialoga con la sociedad de todos los tiempos, ofrece a todos su mensaje y los medios de la gracia. Y aunque históricamente la vida religiosa se manifestó primero como un alejarse del mundo, desde el principio reconoció como su función propia contribuir a la salvación del mundo, y muy pronto aparecieron las iniciativas concretas de apostolado en muchos y variados campos.

Desde la primera iluminación, el Fundador comprendió la urgencia de nuevos apóstoles que con un nuevo espíritu y con los nuevos medios transformaran las nuevas condiciones de la sociedad con el fermento evangélico. Después, “bajo una mayor luz”, hacia 1910, pasó de la primitiva idea (una organización de católicos dedicados al apostolado de la prensa) a una resolución definitiva: “Escritores, técnicos, propagandistas, pero *religiosos y religiosas*” (AD 24). Este paso comprendía grandes ventajas, sea para los llamados que para la obra por cumplir; es decir que no cambiaba el carácter del servicio apostólico abierto, actualísimo, dirigido a todas las categorías de personas, en respuesta a sus necesidades reales y más urgentes, asumiendo para el apostolado los instrumentos que el progreso humano, por el querer de la Providencia, ofrece para la comunicación: los medios más rápidos y eficaces.

3.8 El sacerdocio ministerial en la Congregación

Nuestro apostolado es **verdadera predicación** que se realiza “no sólo en base al carácter impreso en sus miembros por el bautismo y la confirmación, y en virtud de un mandato extrínseco de tipo jurídico, mediante el cual la jerarquía la asociaría a su propia misión y a la propia predicación, sino en **virtud del carácter del Orden sagrado de sus miembros sacerdotes**” (DC 24). El don del sacerdocio ministerial pertenece por eso al carisma fundacional no sólo de la Congregación sino de la entera Familia Paulina.

La actualidad, apertura y universalidad de la misión paulina (ver “*Laicidad*”, *ficha 3.7*), se debe considerar junto con su sacralidad y oficialidad de predicación. Aunque todos los bautizados participan del sacerdocio universal y están llamados al anuncio de la Verdad que han recibido y en la cual creen, compete al sacerdocio ministerial el deber oficial y normativo de la predicación. Es uno de los “principales deberes de los obispos”; asociados a ellos, lo cumplen los sacerdotes “consagrados para predicar el Evangelio, apacentar a los fieles y celebrar el culto divino” (cfr. *LG* nn. 25 y 28). La predicación instrumental (mediada) que el paulino cumple con su apostolado es verdadera predicación, predicación oficial, ejercicio de la misión confiada a la Iglesia...“Los presbíteros, en su calidad de cooperadores de los obispos, tienen ante todo el deber de anunciar a todos el Evangelio” (cfr. *PO* 2;4). Por la presencia y ejercicio del sacerdocio ministerial y en base a la íntima asociación de Sacerdotes y Discípulos en la actividad paulina, ésta se convierte en predicación oficial. El mismo motivo lleva a Don Alberione a hablar – a propósito de los Discípulos – de un “casi sacerdocio” (cfr. *AD* 40). “*El Discípulo adquiere gran dignidad y privilegio. Esto es conforme al espíritu del Concilio Vaticano II*” (*SP*, enero 1965; *CISP*, pág. 1445).

El paulino Sacerdote, por tanto, sea en el ejercicio de la redacción (deber que le es más propio), sea en cualquier otro momento o campo del apostolado paulino, actúa siempre como un consagrado y como uno al que le fue conferido el sacerdocio ministerial. No puede nunca hacer abstracción del sacramento del Orden recibido ni de los particulares compromisos a él asociados. Sus deberes hacia la Iglesia y al interno de la Congregación y de la Familia Paulina son tres principalmente:

1. - El ministerio de la Palabra (predicación de la Palabra de Dios): en forma directa, en la acción litúrgica, y con los medios de la comunicación social, iluminando toda realidad, toda cuestión humana con la luz del Evangelio. El paulino Sacerdote debe reflexionar mucho sobre la responsabilidad que le compete (aunque no en exclusiva) en la preparación y formulación de los contenidos, es decir en el campo de la “redacción”.

2. – El ministerio de la santificación que se cumple particularmente con la administración de los sacramentos y con la plegaria de alabanza y acción de gracias por el pueblo: el Oficio Divino (cfr. *SC* 83-86; 90;96;99). Particular importancia dará el paulino sacerdote al sentido y por tanto a la preparación y celebración de la santa Misa: “Por el ministerio de los presbíteros se consuma el sacrificio espiritual de los fieles en unión del sacrificio de Cristo, Mediador único, que se ofrece por sus manos, en nombre de toda la Iglesia, incruenta y sacramentalmente en la Eucaristía, hasta que venga el mismo Señor” (*PO* n. 10).

3. – El ministerio pastoral, que debe apuntar a la unificación del Pueblo de Dios y a la guía y formación moral de los hermanos. La obra de animación, en el sentido más amplio y profundo de la palabra, compete ante todo a los paulinos Sacerdotes, y no sólo al respecto de la misma SSP, sino en relación con la entera Familia Paulina. “*El calor y*

la luz vital deben descender de los Sacerdotes paulinos que tienen aquí un gran y delicado ministerio” (UPS I, 20).

Las insistentes declaraciones del Fundador sobre la necesidad de un mayor número de paulinos Discípulos respecto al total de los miembros de la Congregación, adquirirán un nuevo valor si las releemos ya no en clave de atribución de los momentos del apostolado, sino en clave de orientación más específica y de cualificación. Al mismo tiempo, será necesario profundizar – y transmitir con claridad en la formación – la oficialidad de la predicación instrumental paulina, gracias a la participación del sacerdocio ministerial.

La formación de los paulinos llamados al sacerdocio ministerial deberá ser muy cuidadosa. Escribe Don Alberione: *“se hará un selección cuidadosísima para que haya la seguridad moral de lograr, no sólo buenos, sino Sacerdotes excelentes, bajo todos los aspectos”* (1951; cfr. *CISP*, p. 351).

3.9 Ecumenismo y diálogo interreligioso: fronteras abiertas

En el Nuevo Testamento, san Pablo es quien insiste más que cualquier otro contra todo tipo de divisiones: *“Los exhorto hermanos, en el nombre del Señor nuestro Jesucristo, a que tenga todos un mismo modo de hablar y que no haya divisiones entre ustedes, antes bien estén en perfecto acuerdo en la mente y en el juicio” (1Cor 1,10)*. Y a aquellos que dicen: *“Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas”*, responde: *“¿Está dividido Cristo?” (1Cor 1,12)*.

Don Alberione tenía ese mismo anhelo a la unidad. Ya en 1935 constituye “Unitas” llamado después “Ut unum sint”, que en 1960 se convierte en Asociación primaria con decreto pontificio. Así se expresa Don Alberione en 1960: *“El trabajo promovido desde hace años por la PSSP a favor de la unificación y que ahora ha tomado el nombre de Ut Unum sint, procede del espíritu del Instituto. No hemos sido enviados a una ciudad o a una nación, sino al mundo entero; llevar en nuestro corazón todo el mundo, como san Pablo; todas las naciones; todos los continentes... Considerarnos apóstoles de la humanidad y apóstoles de la unidad” (ver DC 83)*.

En el siglo pasado, el movimiento ecuménico impulsó a la Iglesia a reflexionar sobre el diálogo y la colaboración entre las Iglesias y las comunidades cristianas. El Concilio Vaticano II y los pronunciamientos del Magisterio, que se han dado sucesivamente, nos ofrecen claras indicaciones sobre el “diálogo” en sentido amplio: diálogo y camino hacia la unidad con las confesiones cristianas, diálogo y búsqueda de la concordia y de la paz con las otras religiones, diálogo y enriquecimiento recíproco con los no creyentes.

“La apertura a todos los hombres para comunicarles a Cristo, aceptando todos los medios positivos ofrecidos por la historia humana, y al mismo tiempo la tendencia a la unificación y a la síntesis (científica, religiosa, eclesial, mundial) en constante esfuerzo de puesta al día y de renovación, además de ser una perentoria exigencia de nuestro tiempo, responde exactamente al pensamiento y a la obra del Fundador” (DC 82).

Debemos interrogarnos sobre la sensibilidad ecuménica propia de nuestra Congregación y de la Familia Paulina, sobre nuestro ser verdaderos seguidores de san Pablo y de Don Alberione, cuya vida apostólica estuvo marcada por la aspiración a la unidad. Unidad interna, colaboración con las Iglesias y, a la luz de los nuevos caminos que el Espíritu indica, relación abierta con todo el género humano. Mucho más en un tiempo como el nuestro en que masas enteras se desplazan de un continente a otro, llevando consigo el propio estilo de vida y la propia fe. En el diálogo y en la colaboración activa con las confesiones cristianas con las que debemos convivir. En el respeto de las otras religiones y en la búsqueda recíproca de la paz. En la relación abierta con una sociedad que no tiene el valor de creer, pero que siente fuertemente la necesidad de espiritualidad...

No podemos limitarnos a enviar nuestros mensajes al círculo puramente católico. El mismo Don Alberione nos lo recuerda: *“Pensamiento, sentimiento, aspiración de un verdadero paulino reflejan la sobrenaturalidad y la “sobre-temporalidad”: no limitarnos al restringido ámbito familiar, diocesano, o al terreno donde está establecida la jerarquía eclesiástica, o a los ya conquistados a Cristo. ¡Más adelante! ¡Siempre adelante!” (CISP, 1073)*.

“Para que todos sean uno como tú, Padre en mí y yo en ti, que ellos también sea uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).

4. EN FIDELIDAD DINÁMICA A NUESTRA CONSAGRACIÓN SEGÚN EL CARISMA PAULINO

Una fidelidad creativa al carisma que Dios nos ha regalado a través de nuestro Fundador.

He aquí cuanto la humanidad, el Señor, la Iglesia piden hoy a cada uno de nosotros.

Para redescubrir nuestra identidad de consagrados, los valores fundamentales de nuestra vida.

Para comprender plenamente la grandeza, la urgencia, la carga profética de nuestra misión.

Para darnos cuenta del gran don de ser paulinos en la complementariedad, en el don recíproco del sacerdocio y del discipulado.

Para valorizar todavía más nuestro ser Familia Paulina.

CONSAGRADOS

4.1 Todos los hombres son llamados

Llamados a la vida. Todo tipo de llamada que el hombre recibe de parte de Dios está envuelta en el misterio. Ciertamente su llamada es siempre expresión de su amor por nosotros. A cada uno de los hombres que están sobre la tierra y a todos aquellos que la habitarán en los siglos por venir el Señor puede repetir: “Antes de haberte formado en el seno materno, Yo te conocía” (*Jr 1,5*). Nadie puede ostentar ante Dios ningún título para venir al mundo: sólo un acto de su infinito amor ha llamado a todo hombre y mujer, de modo todo especial, a la vida. Por más que podamos estudiar o nos interroguemos, no encontraremos una explicación humanamente plausible para nuestra presencia sobre la tierra: millones de otros hombres habrían podido nacer en nuestro lugar. Nuestra vida no es, de cualquier modo, el resultado casual de una reacción química. Dios Padre ha querido expresamente a cada uno de nosotros en particular.

Llamados a la vida cristiana y a la santidad. Igualmente misterioso es el don de la vida cristiana, conferida por el Padre a una parte del género humano. Jesucristo ha venido a la tierra para la salvación de toda la humanidad, pero sólo una pequeña parte lo llega a conocer: lo puede conocer por pura gracia, no por méritos personalmente adquiridos. Nos recuerda san Pablo: “Pues a los que de antemano conoció, también los predeterminó a reproducir la imagen de su Hijo...” (*Rm 8,29*). Una respuesta de perfección es aquella que el Padre espera de los cristianos, cualquiera que sea el estado de vida que abracen. Dice san Pablo a sus fieles de Colosas: “Revístanse, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, ...revístanse de la caridad que es el vínculo de la perfección” (*Col 3,12-13*). Todo cristiano, haciendo fructificar los dones recibidos y en el pleno cumplimiento de sus deberes diarios, debe avanzar por el camino de la fe viva que alienta la esperanza y actúa por medio de la caridad... Todos los fieles de Cristo son invitados y sostenidos a buscar la santidad y la perfección del propio estado (cfr. *LG 41, 42*).

Llamados a un particular seguimiento de Cristo y a una específica contribución para la construcción del Reino. De todos los llamados a la vida cristiana, el Maestro Divino, invita a no pocos de sus discípulos a un seguimiento particular: algunos son llamados a seguirlo en el ministerio sacerdotal, para renovar cotidianamente los sagrados misterios a beneficio de todo el Pueblo de Dios; otros (sacerdotes y laicos) son invitados por Él a seguirlo en el camino de los consejos evangélicos. Mientras la llamada a la vida matrimonial, signo del amor de Dios por su Iglesia, asegura el cumplimiento del mandamiento divino para la subsistencia de la especie (*Gn 1,28*), la llamada al sacerdocio perpetua los medios de gracia necesarios a los fieles para la fidelidad a la vocación cristiana.

La práctica de los consejos evangélicos, abrazada por impulso del Espíritu Santo, lleva al mundo un luminoso testimonio y un ejemplo de la santidad de la Iglesia (cfr. *LG 39*). Todos los cristianos están obligados, en virtud del bautismo, a propagar el mensaje de Cristo: los religiosos, ligados en modo particular a la Iglesia por los consejos evangélicos, son llamados a trabajar en primera línea, según las fuerzas y la forma de apostolado de la propia Institución, sea con la oración que con la acción, a sembrar y consolidar en las almas el reino de Cristo y a ensancharlo en todas partes de la tierra (*LG 44*).

El paulino es ante todo un *llamado*. De la firmeza de esta convicción depende mucho: el progreso integral de la persona, su donación, su gozo existencial, su creatividad apostólica y su coherencia. También la opción – Sacerdote o Discípulo – en la vida religiosa paulina es ante todo la respuesta a una vocación.

4.2 Teología de la consagración

Ubicación. - El marco de referencia que permite ubicar adecuadamente el tema de la *consagración*, sobre todo de la *consagración religiosa*, es el *seguimiento de Cristo*: el seguimiento evangélico de Jesús. Cristo llama personalmente a vivir con Él y con los otros seguidores suyos (vida fraterna en comunidad), para vivir como Él, compartiendo y prolongando su misión evangelizadora (cfr. *Ef* 1,3-14).

La palabra *consagración*. - Expresa tanto la acción de consagrar como aquella de *ser consagrado*. “Consagrar”, en sentido teológico, es fundamentalmente lo mismo que “santificar”, “divinizar”, “sacralizar”, “sacrificar”. Términos, todos estos que implican poner en relación o relacionarse directamente con Dios, introducir o ser introducido en la dimensión de lo Sagrado, de lo Divino.

Significado jurídico y teológico. - En sentido *jurídico*, con el término *consagración* se entiende cualquier tipo de relación con Dios o de referencia a Él, aplicable indistintamente a cosas, lugares o personas. Es una dedicación al culto y al servicio de Dios, más que una entrega a Dios mismo. La “consagración” en sentido *teológico*, en cambio, implica y es una relación estrictamente personal con Dios. Es una referencia directa e inmediata a Él, aplicable sólo a la persona. Es una real transformación de la persona, una configuración verdadera con Cristo, una santificación.

Cristo, el Consagrado. - Cristo es por definición el *Ungido, el Consagrado, el Mesías*: “Aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo” (*Jn* 10,36). En Él se realiza con todo rigor el concepto más estrictamente teológico de *consagración*, porque es Dios hecho hombre, es decir el santo absoluto que asume la naturaleza humana para introducirla en su ámbito divino.

Consagración bautismal. - Por medio del Bautismo, Dios nos hace sus hijos en el Hijo y en Él nos hace hermanos de todos los hombres. Es decir nos *consagra* realmente, configurándonos con *el* Consagrado en su filiación divina y en su fraternidad universal. Toda nuestra vida cristiana es y debe ser un proceso interrumpido de crecimiento en esta doble condición *filial* y *fraterna*. Esta consagración constituye y define la identidad y la misión propia e irrenunciable del cristiano en el mundo.

Consagración religiosa. - La consagración religiosa es *gracia*. Por esto es *acción divina* transformadora del hombre en su ser y en su hacer. Por medio de la consagración religiosa, Dios configura al cristiano con el mismo Jesucristo en la dimensión esencial de su proyecto humano de vida: la *virginidad*, la *pobreza* y la *obediencia*. En efecto, los así llamados *consejos evangélicos* no fueron simples “ejemplos edificantes” o virtudes de Jesús, sino sus actitudes vitales y totales: Él vivió en virginidad-pobreza-obediencia como expresión de amor total y donación plena de sí mismo al Padre y a los hermanos. La vida religiosa, como profesión por medio de votos públicos, es una consagración verdadera: Dios, por medio de esta profesión, confiere al cristiano una nueva y especial consagración configurándolo con Jesús en estas tres dimensiones esenciales de su vida. Se trata de una consagración que funda sus raíces en la consagración bautismal y la lleva a plenitud. Por medio de la profesión religiosa, la persona, toda entera, es consagrada, ofrecida a Dios, por Él aceptada y santificada. La trilogía de los consejos evangélicos quiere expresar propiamente la totalidad de la persona humana.

El paulino consagrado. - Es Don Alberione mismo quien explica por qué ha querido una Congregación de *religiosos* y no simplemente una organización católica. Los motivos están expresados en *AD 23-24*:

- conducir a las personas a la más alta perfección (a través de los consejos evangélicos y el apostolado);
- unidad, estabilidad, continuidad y sobrenaturalidad del apostolado;
- dedicación total;
- doctrina pura;
- amor integral a Dios con toda la mente, las fuerzas, el corazón.

Aunque parecieran prevalecer razones “instrumentales” en perspectiva apostólica, en realidad son evidentes las motivaciones más profundas: el camino del *seguimiento de Cristo* y la plena configuración a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida en el ofrecimiento integral de toda la persona (mente, voluntad, corazón).

4.3 Finalidades primarias: santidad y evangelización

La primera generación de paulinos vivieron su consagración con entusiasmo porque tenían muy clara la finalidad de su ser y hacer. “Nosotros, desde los primeros días, nos dimos cuenta de sus intenciones, a qué metas quería conducirnos... El fundador quería una Congregación religiosa que multiplicase con los nuevos medios la obra pastoral de los sacerdotes, de los párrocos, de los obispos” (*Cuadernos de espiritualidad*, n. 4, 1981, p. 14). “Ya no éramos de nosotros, nos sentíamos de Dios, ligados a Él y al servicio de la buena prensa. Nuestra vida era y se sentía ser una sola. Nosotros entre nosotros: nosotros con el padre, unidos, cimentados, no alumnos de una escuela sino miembros de un solo organismo, primeras piedras vivas colocadas de un majestuoso edificio” (*Extracto del Diario del Señor Maestro don Timoteo Giaccardo*, p. 17). Comprender bien el significado y el valor del propio ser y hacer, refuerza la fidelidad y asegura la perseverancia en cualquier empeño.

En las *Constituciones y Directorio* (Art. 2), estas son nuestras finalidades:

1. “la perfección de la caridad en sus miembros”, que equivale a la santidad entendida también como vivir plenamente a Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida, para poderlo dar al mundo;
2. “la evangelización de los hombres mediante el apostolado con los instrumentos de la comunicación social”.

Estas finalidades se consiguen “mediante el espíritu y la práctica de los votos de castidad, pobreza y obediencia y fidelidad al Papa, en la vida común”. El paulino encuentra el significado de su ser y hacer en estos dos fundamentos principales de su vida. Estos son los faros encendidos en su camino hacia el futuro, sin los cuales viajaríamos en la oscuridad.

Para el paulino, **la santidad es la preocupación principal de la vida**. En ella el ser y hacer encuentran armonía y unidad. El paulino comprende la santidad como hacer que Cristo viva en él, ofreciendo el propio ser a Cristo como respuesta de amor a Dios que lo ha amado primero.

La evangelización de los hombres mediante el apostolado con los instrumentos de la comunicación social, siendo la misión que se le confió, su apostolado específico, es el modo en que el paulino responde al amor de Dios y expresa su amor al prójimo.

Viviendo plenamente estas finalidades primarias, el paulino asume la propia personalidad carismática y la cualifica como apóstol. El ser y el hacer se convierten para él en una experiencia única de relación íntima con el Maestro, hasta poder decir: “No soy yo quien vive sino es Cristo que vive en mí”(Ga 2,20).

A la luz de estas finalidades se pueden leer de modo más claro la identidad y la doble expresión del paulino. Todos, Sacerdotes y Discípulos, están llamados por Dios a la misma meta.

4.4 Carácter profético de los votos religiosos

Los religiosos paulinos se distinguen, además de por el voto de fidelidad al Romano Pontífice, también por vivir los tres votos de castidad, pobreza y obediencia en una forma altamente positiva. Así, bien mirado, a través de la realidad del carisma paulino los votos se presentan en una nueva dimensión y asumen para la Iglesia un carácter profético.

Examinémoslo singularmente.

Castidad. – También la castidad, como toda la vida paulina, requiere la *integralidad* del amor, o sea el fruto de una educación y de una formación que haya llevado al individuo y a la comunidad al desarrollo de toda su riqueza personal: “Todos los valores de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, las relaciones personales con todos los hombres” (ver *Constituciones*. 26). En tal sentido pertenece al voto de castidad todo lo que dicen las *Constituciones* en el cap. 3 sobre la *Comunidad de vida*, ayudándonos así a valorar el testimonio del “ágape”, o sea del recíproco amor fraterno que subyace en las relaciones Sacerdote-Discípulo y en el ejercicio de la función “altrice” de la Sociedad San Pablo al respecto de la entera Familia Paulina.

A los aspectos comunes se suma, por tanto, la “extraordinaria fecundidad y paternidad apostólica” que pone en juego todas nuestras energías según el modelo de la doble “tríada de referencia” (la *Trinidad* y la *Familia de Nazareth*); a esto se añade la no acentuación de los aspectos de necesaria “renuncia” y el explícito “testimonio de alegría y serenidad” que tiene su fuerte motivación totalizante en la conciencia del “tesoro encontrado” (*Mt* 13,44 y *Const.* 32).

Pobreza. – Con la piedad, el estudio y el apostolado, esta virtud es uno de los pilares de la vida paulina, o mejor dicho una de las “ruedas” sobre las cuales se mueve el bagaje que el paulino transmite al hombre de hoy. Eso significa total y creativa confianza en Dios y en la Congregación. Dedicación plena y diligente. El “fruto del trabajo” del paulino es inmediatamente ofrecido a Dios como testimonio de la inutilidad-valiosa del verdadero siervo de Dios. Al “fruto del trabajo” se une también la voluntad personal, “sacrificada” sobre el altar del trabajo apostólico comunitario a favor del Pueblo de Dios. La valorización del tiempo, la no dispersión, el esfuerzo creativo, una vida modesta... son todos aspectos que se convierten en oración en el “Secreto de feliz éxito”.

Obediencia. – Debida a Dios, a los superiores, a los pastores de la Iglesia, la obediencia empeña a todos los miembros de la Congregación a buscar cuál es la voluntad de Dios al respecto de la propia comunidad (cfr. *Constituciones*. 43). La obediencia comporta una actitud de escucha constante del Espíritu y de los propios hermanos que son su voz. En cuanto a la actividad apostólica, la obediencia excluye una pasiva sumisión, y más todavía el servilismo y la indiferencia. Por el contrario le pide al individuo que “ponga todo su ser” en lo que hace, porque servir a Dios significa reinar (*Const.* 41). Obedecer significa para el paulino “colaborar”, “dialogar comunitariamente”, ofrecer el propio aporte en base a las reales capacidades y competencias (“obediencia activa y responsable”), pero también aceptar con alegría las decisiones tomadas.

Cada uno de los votos juega un rol especial en el testimonio religioso necesario hoy, contraponiendo a los varios “estilos” mundanos: un amor más grande y definitivo, una libertad bien ejercida y generosa, una riqueza total capaz de “hacerse todo a todos”.

Don Alberione enseña: *“En la juventud paulina, insistir sobre la educación integral: natural y sobrenatural, mente – voluntad – corazón – cuerpo, para la vida presente y para la vida paulina futura; adquisición de la docilidad y a la vez gobierno de sí mismo; para un amor universal, hacerse castos; para riquezas inefables, hacerse pobres; para guiar a los hombres, hacerse obedientes. La castidad religiosa es el verdadero amor, la pobreza es la verdadera riqueza, la obediencia (es) para gozar de verdadera libertad” (CISP, P. 762).*

4.5 Vida fraterna en comunidad

“Para nosotros la vida común ha nacido del apostolado y con vistas al apostolado. Este carácter de sociedad caracterizada por un fin comprende ciertamente el bien común de los miembros; pero a su vez la observancia misma de la vida comunitaria tiene una organización que toma en cuenta esto: estamos al servicio de las almas; somos religiosos y apóstoles” (*UPS I*, 285).

La visión de la vida común en orden al apostolado, así como nos la transmite el Fundador en el texto citado, ha sido enriquecida por la eclesiología de comunión nacida con el Concilio y presente también, en su sustancia, en tantas otras enseñanzas de Don Alberione. El documento *Vita consecrata* nos enseña: “En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado” (cfr. n. 42). Y *Vida fraterna en comunidad*: “El amor de Cristo ha reunido ... a un gran número de discípulos para que lleguen a ser un sola cosa, a fin de que en el Espíritu, como Él y gracias a Él, puedan responder al amor del Padre a lo largo de los siglos, amándolo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y amando al prójimo como a sí mismos. Entre estos discípulos, los reunidos en las comunidades religiosas, mujeres y hombres de toda lengua, raza, pueblo y tribu, han sido y siguen siendo todavía una expresión particularmente elocuente de este sublime e ilimitado Amor. Nacidas no del deseo de la carne o de la sangre ni de simpatías personales o de motivos humanos, sino de Dios (Jn 1,13), de una vocación divina y de una divina atracción, las comunidades religiosas son un signo vivo de la primacía del Amor de Dios que obra maravillas y del amor a Dios y a los hermanos, como lo manifestó y vivió Jesucristo” (cfr. n.1). El testimonio del amor de Dios es la razón primera de la vida común para todos los religiosos, testimonio que tiene necesidad de manifestarse en el ejercicio del apostolado.

De estas premisas, resulta que la vida común paulina debe caracterizarse por el empeño en el apostolado comunitario, la colaboración fraterna, la amistad, la disponibilidad a la ayuda mutua, la atención constante al hermano (*Const.* 15). Estas disposiciones son la base para trabajar fructuosamente y para valorizar al máximo los instrumentos propios de una comunidad paulina: eucaristía cotidiana, visita eucarística, compartición de los alimentos, tiempos de programación para el apostolado, para el crecimiento personal y comunitario, tiempo que cada uno dedica a su responsabilidad en el apostolado, tiempo para ocuparse de la actualización cultural y espiritual, momentos de evaluación y momentos de diversión..., en el curso del año, los retiros y los ejercicios espirituales.

Estos momentos vividos intensamente deben ser una característica constante de todas las comunidades, independientemente de la geografía y de la historia o cultura. Son elementos de vida que no deben faltar nunca sino, por el contrario, inculturarse en las varias regiones, para la realización mejor del carisma. Todas las comunidades deben tener un estilo de vida que las una más con el mismo símbolo gráfico que reproducimos en nuestros productos apostólicos.

Otros dos elementos, en nuestras comunidades, deben hacer resaltar la riqueza y la unidad de la vocación y de la doble expresión:

- la cotidiana y concreta confianza y estima recíproca,
- el empeño constante de cada comunidad en la promoción vocacional.

“La vida común, en sentido religioso, depende de la naturaleza de la sociedad, llámese Congregación, Instituto o Familia religiosa. Se trata siempre de una asociación de personas que quieren ayudarse a conseguir la santidad (...)Ello requiere empeño y emulación en el progreso espiritual. Vida común que se manifiesta altamente con la asistencia a los ancianos, en las enfermedades, la muerte y los sufragios. Es un organismo, no un mecanismo; uno por todos y todos por uno”. (UPS I, p. 284).

ENVIADOS

4.6 Hombres de comunión

“Creando el ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión. El Dios creador que se ha revelado como Amor, como Trinidad y comunión, ha llamado al hombre a entrar en íntima relación con Él y a la comunión interpersonal, o sea, a la fraternidad universal. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.” (VFC 9).

El hombre tiene una vocación comunitaria; por su íntima naturaleza es su ser social: sin la relación con los otros no puede vivir ni desplegar sus capacidades (cfr. GS 12d). Juan Pablo II, en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (n. 43), aplica esta realidad a nivel eclesiológico, llamando a la Iglesia a convertirse en casa y escuela de comunión, para ser fieles al designio de Dios y responder a las esperanzas profundas del mundo.

La Asamblea extraordinaria del Sínodo de obispos del 1985, sobre la base doctrinal del Vaticano II, ha considerado que la eclesiología de comunión es el fundamento del orden en la Iglesia y de una correcta relación entre unidad y pluriformidad en ella (IL 66).

La imagen paulina de la Iglesia como cuerpo (*Rm 12,4-5; 1Co 12,12ss; Ef 4,4*) indica la simultánea unidad y diversidad de sus miembros. *La Iglesia es una comunión, fundada sobre los sacramentos, sus ministerios y sus carismas*: varios son los dones del Espíritu y por tanto diversos los ministerios y las funciones de los miembros de la Iglesia, pero todos son unificados por la acción del único Espíritu (IL 67). La caridad constituye el principio fundamental determinante de una genuina novedad en la vida de la Iglesia y de la operosa interdependencia propia de todo auténtico carisma (IL 67).

La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio. Ella permite comprender la presencia y la misión de la vida religiosa al interior de la comunión orgánica de la Iglesia, que no es uniformidad, sino don del Espíritu que pasa también a través de la variedad de los carismas y de los estados de vida. Estos serán tanto más útiles a la Iglesia y a su misión, cuanto mayor sea el respeto de su propia identidad (VC 4).

Las Congregaciones no pueden comportarse como si existieran aisladamente. Su propia misión exige que consideren las necesidades de la Iglesia universal y de la diócesis en la cual se encuentran insertas. Deben además solidarizarse la una con la otra, ponerse de acuerdo, decidir juntas, y a veces también reagruparse, unirse.

Al respecto de este espíritu de comunión Don Alberione así escribe en el *Catecismo Social* (n. 30): “*El hombre tiene el derecho a entrar en sociedad porque Dios ha creado al hombre sociable, necesitado de la ayuda de los demás, y le ha dado la inclinación a integrar, en la sociedad, su insuficiencia para alcanzar la propia perfección*”.

El Fundador considera la sociabilidad “*una cualidad esencial para quien quiere entrar en una sociedad, tanto más si se trata de una sociedad religiosa. La sociabilidad*

constituye un signo positivo de vocación, como la no sociabilidad constituye un impedimento fundamental y un indicio claro de no vocación.

La sociabilidad, para el paulino, requiere:

respeto a la vida común, en la familia religiosa: hacia los hermanos, hacia los Superiores, los inferiores;

respeto a las otras Familias religiosas;

respeto a las demás Congregaciones paulinas;

respeto de los fieles en particular o reunidos en colectividad;

respeto a los conciudadanos, súbditos y gobernantes;

respeto a toda la familia humana;

respeto a la Iglesia entera: militante, purgante y triunfante” (CISP, p. 1063).

La sociabilidad es un elemento constitutivo de la identidad del paulino: para ser “hombre de comunicación”, el paulino deberá ser ante todo “hombre de comunión”. Los conflictos, a todos los niveles, tienen a la base la falta de comunión; surgen por inmadurez en esta dimensión esencial en la vida de la Congregación y de la Iglesia.

En las verificaciones y evaluaciones de las varias etapas formativas hay que darle su debida importancia al grado de sociabilidad de los candidatos.

4.7 Abiertos al mundo de la comunicación

La comunicación ha sido, tanto en la etapa fundacional, como en la evolución sucesiva, el elemento característico del ansia apostólica de Don Alberione. Al inicio las fuerzas convergen hacia el *apostolado de la prensa*, después es asumido *el apostolado de la edición* donde se van incorporando progresivamente el cine, la radio, la televisión; finalmente, bajo el influjo del Vaticano II, Don Alberione habla de *apostolado de los medios de comunicación social*. El cambio de términos para indicar el apostolado paulino expresa el estilo de Don Alberione: “*Siempre los medios más rápidos y eficaces para el apostolado*”.

La comunicación, entendida como invención y perfeccionamiento de tecnologías, como variedad de lenguajes y como fenómeno social complejo, ha tenido una gran evolución en los últimos dos siglos: de la comunicación considerada a nivel de *cada instrumento en particular*, hemos pasado a la comunicación entendida en su globalidad como *una cultura* inédita. Estamos llegando velozmente a modelos y medios de comunicación que pueden ser contemporáneamente masivos y personalizables (transmisión satelital o vía cable, comunicación personalizada vía Internet), que pueden hacer de la humanidad una “*aldea global*” o reducirla a un conjunto incoloro de anónimos. La “*dot communication*” (la comunicación vía Internet) está en rápida difusión, con códigos lingüísticos y mecanismos económicos propios, que requieren una puesta al día de las formas expresivas y de las estructuras operativas.

Una nueva humanidad está creciendo con los medios. Si queremos comunicarnos con la gente de hoy, debemos aprender el lenguaje de los medios de hoy (imágenes, sonidos, movimiento, realidad virtual, interactividad); a través de ellos son educadas y se comunican las nuevas generaciones. Si no aprendemos los nuevos lenguajes les hablaremos a los hombres de mañana con el lenguaje de ayer. Es un peligroso engaño, escribe Don Alberione, “*esperar para interesarnos de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión cuando ya están organizados por los adversarios. Es necesario el método preventivo...*” (CISP, 806).

Considerando la realidad y la complejidad del mundo de la comunicación, es requerida a la Congregación una movilización global para una “*fidelidad creativa*” en todos los aspectos de la vida y de la misión: espiritualidad, formación, apostolado, vida común y autoridad.

Porque la comunicación, por voluntad explícita y repetida de Don Alberione, no es un simple medio sino una *forma nueva* de predicación del Cristo integral, es necesario que en la formación de base, especializada y permanente, la comunicación misma sea asimilada por el paulino en su complejidad: tecnológica, lenguajes, profesiones, cultura.

Si la Congregación quiere tener en la Iglesia también un rol de pionera de la comunicación al servicio de la evangelización, es necesario promover iniciativas para “*pensar*” la comunicación como cultura e inculturación de la fe en la comunicación: “*Los cambios radicales de la comunicación no pueden dejar indiferentes a los Paulinos, ni en sus actividades apostólicas ni en la espiritualidad que fundamenta la misión. La fidelidad creativa no se agota con ver en el ordenador una "nueva máquina" comunicativa que es preciso adoptar para una mejora del apostolado. El ordenador es sólo la punta emergente del iceberg de la tecnología-comunicación como cultura.*” (GMIOS, p. 564).

Debemos por tanto hablar de **apostolado de la comunicación social** entendiendo la comunicación en su más vasta acepción, que comprende la tecnología, siempre más perfeccionada, de miniaturizada, invasora e inevitable, pero que se configura como una verdadera y propia cultura. Esto nos lleva inevitablemente a ampliar la **mentalidad** para abrazar y adentrarnos sin temor en la **cultura de la comunicación**. Así seremos fieles al mandato que la Iglesia no ha dado de “hacer la caridad de la verdad” (cfr. *VII Capítulo general de la Sociedad San Pablo*, 2M).

4.8 Contenidos y destinatarios de la misión

La especificidad de nuestra misión, que hace parte de nuestra identidad y de nuestro testimonio, se concretiza no sólo en la elección de los medios que ponemos al servicio de la evangelización, sino también en la elección de los contenidos y de los destinatarios. Un punto firme e iluminante, a este respecto, lo constituyen las conclusiones del Seminario internacional de los Editores Paulinos (Ariccia-Milano 17 septiembre-2 octubre 1988).

Colocando a la base la pastoralidad, la globalización y la contemporaneidad que deben caracterizar el trabajo paulino, la *elección de los contenidos* comprende, en primer lugar, la Sagrada Escritura (toda para todos), la catequesis, la liturgia, la teología y, en general, “cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de digno de reconocimiento...” (*Fil 4,8*). Es necesario, en todo caso, ocuparse siempre de cuanto sirve a la plena liberación de la persona, a la promoción integral de los valores humanos, a la fraternidad universal y al diálogo interreligioso y con las varias culturas.

Por cuanto respecta a *los destinatarios* de nuestro apostolado, serán siempre todas las categorías sociales, con una preferencia especial por las grandes masas, sin descuidar a los alejados, a los pobres, a los excluidos; al mismo tiempo, debemos realizar el sueño y las indicaciones del Fundador, que nos estimulaba a ganarnos a los intelectuales y a las personas líderes en los varios ámbitos de la sociedad y de la cultura. Es necesario pensar en todos. Con palabras de Don Alberione: “*Amar a todos, pensar en todos, trabajar con el espíritu del Evangelio que es universalidad y misericordia. Venite ad me omnes*” (*UPS IV*, 117-118). Este “pensar en todos” exige, una clara conciencia de las varias clases sociales, de las varias categorías de personas a las cuales nos dirigimos. El Fundador no cae nunca en un universalismo sin distinciones. Las pruebas de su preocupación porque en nuestra “gran parroquia, el mundo” tuviésemos una precisa conciencia de las diversas categorías de destinatarios, son abundantes. He aquí un ejemplo: “*Para un cierto orden en las ediciones: primero el servicio al clero, a los niños, a los jóvenes, a las masas, a quienes ejercen sobre ellas mayor influencia como son los maestros; luego a las misiones, a las cuestiones sociales, a los intelectuales, etc.*” (*AD 69*). En los últimos tiempos ha crecido el número de las categorías sociales que se pueden decir nuevas, como también el número de los olvidados y de los excluidos. En todos debemos pensar.

La amplitud de nuestra misión nos pide un espíritu abierto y una preparación consistente, junto con una grande capacidad inventiva.

En una meditación dirigida a las Anunciatinas de la primera hora, Don Alberione así invitaba a la creatividad apostólica: “*La Familia Paulina asume todas las actividades pastorales, todas las reconoce, las anima, las sostiene. Desde cualquier parte se puede hacer el bien, todas las iniciativas que tienen la aprobación de la Iglesia y que sirven para la salvación de las almas, todo lo que es bueno, nada se excluya. Por el contrario, es bueno crear nuevas iniciativas, mientras se crean tantos males nuevos y tantos desórdenes*” (*MCS 483*).

4.9 Nuestro apostolado es predicación. Atención a los “lenguajes”.

La predicación (anuncio, evangelización) es realizada primero que todo con la vida, con el ejemplo. Pero el amor que Don Alberione tiene por todos los pueblos del mundo lo lleva, impulsado del Espíritu, a ensanchar los horizontes y a utilizar los medios que mayormente le permiten realizar el mandato de Cristo: llevar la buena nueva a todo viviente.

«Por “apostolado de la edición” ...se entiende una verdadera misión, que se puede definir propiamente como predicación de la palabra divina por medio de la edición. «Predicación de la palabra divina», o sea, anuncio, evangelización de la buena nueva, de la verdad que salva. Predicación que ha de hacerse en todo tiempo y lugar, según el precepto divino: «Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura »; a todo hombre porque, como todos tienen una ignorancia derivada del pecado original, asimismo todos poseen una inteligencia para comprender y elevarse a Dios, un alma que salvar. «Predicación sin embargo original, hecha a través de la edición». Como la predicación oral, la escrita o impresa divulga la palabra de Dios, multiplicándola, para hacerla llegar precisa a todas partes, incluso allí donde no puede llegar o no se puede conservar inalterada la palabra » (AE 12-13).

Estas palabras de Don Alberione, ratificadas después por el Concilio Vaticano II, nos dan la clave de lectura de su obra apostólica, que varias veces está señalada como “la caridad de la verdad”: una caridad activa que se traduce en palabras escritas, impresas, ilustradas, para llegar de manera eficaz al mayor número de personas. El anuncio evangélico no debe tenerle miedo a los medios sino utilizarlos al máximo para el crecimiento humano y espiritual de la gente.

La intuición de Don Alberione, que nos debe llevar a una verificación y a entusiasrnos por el futuro, no ha sido únicamente la de “salir de la sacristía”, sino la de utilizar también medios vistos entonces con desconfianza por la Iglesia oficial. Esta intuición, esta búsqueda debe continuar también hoy con el único objetivo de llevar a todos, de la manera más eficaz y completa, la Palabra que salva, una predicación que es esperanza para el hombre de nuestro tiempo.

La parroquia-mundo (o la *parroquia del Papa* como decía Don Alberione) espera de los nuevos púlpitos este anuncio que, para ser comprensible, debe usar el lenguaje de la era de la comunicación en que vivimos. Un lenguaje siempre nuevo y en continua evolución, como son siempre nuevos y en evolución los medios que lo transmiten. Debemos quizás reflexionar si son los medios “creadores” de nuevos códigos de comunicación o si, por el contrario es el deseo de comunicar, innato en el hombre, el que “inventa” nuevos medios para difundir el propio pensamiento.

El lenguaje no va solo pues necesita de un contenido, de otra manera se queda en mero ejercicio técnico. Por eso Don Alberione esquematiza, de manera precisa y con un orden riguroso, también el contenido de la predicación paulina, partiendo siempre de la Biblia, del Magisterio y de la Tradición, hasta abarcar todo elemento útil para el crecimiento humano y espiritual del hombre, visto en su integralidad. *«Y dado que no todas las almas se acercan a Dios de la misma manera, y tienen por lo general necesidades individuales, el apóstol debe aprender de su modelo el arte de «hacerse todo para to-*

dos» y aquella elasticidad de adaptación que se aprecia en el Apóstol, en su modo diferente de tratar a los hombres según las condiciones físicas, intelectuales, morales, religiosas y civiles » (AE 37).

Todo el Cristo, todo el hombre, a todos los hombres.

4.10 El paulino “escritor”

El paulino “escritor” (entendido en el sentido amplio de autor, productor de contenidos, y por tanto también redactor, creativo...) se identifica como *persona que por predisposición natural, competencia profesional, vocación, carisma y valorización de parte de la Congregación* extrae de su tesoro cosas antiguas y cosas nuevas de utilidad común –porque nada nos es dado sólo para nosotros mismos– en la conciencia de ser él mismo una palabra nunca terminada de decir. El primer libro y el primer artículo que él pone a disposición es su humanidad: “todo el hombre”.

En cuanto *paulino* (Sacerdote-Discípulo), él vive, da testimonio y escribe –según idoneidad, decisión y competencia– para todas las categorías de personas; acerca de todos los problemas, de todos los hechos: realidad que él considera a la luz de Jesucristo Maestro y Pastor, Camino y Verdad y Vida, penetrando con el Evangelio todo el pensamiento y el saber humano, no tratando sólo de religión, sino de todo cristianamente. “Todos” y “todo” son términos que no hay que entender en forma masiva, sino personalizada: todos y todo son involucrados, pero cada persona u otra realidad, lo son de modo original y único (Paolo VI, *EN* 45).

El paulino “escritor” se forma al espíritu universal y ecuménico de san Pablo, en una óptica que incluye no sólo a cuantos están a su alrededor, sino también a los forasteros y a los alejados en el sentido más urgente y amplio, planteándose “el gran problema: dónde camina, cómo camina, hacia cuál meta camina esta humanidad que se renueva siempre sobre la faz de la tierra”. Por tanto, aunque algunos han pretendido entender y diluir ese “todos” y “todo” en un vago “todismo”, el paulino “escritor” “ve” en realidad a todos y ve todo con los ojos –pero sobre todo con la mente y el corazón– de Dios, el cual nos ama, fuera del “tiempo y el espacio”, pero siempre de modo personal, a ti y a mí juntamente con los demás.

El paulino “escritor” desarrolla el propio trabajo apostólico en la organización editorial paulina. “El ser paulinos no nos hace necesariamente válidos escritores”, escribía don Valentino Gambi. “Me auguro de todo corazón que un día, una bien aguerrida legión de escritores paulinos pueda escribir y por tanto introducir en nuestras ediciones más numerosos y, sobre todo, más cualificados libros de cuanto hoy se verifica” (ver Boletín interno del Colegio Internacional Paulino, *Noi e gli altri*, 15 dic. 1968, pp. 9-10).

Lo que sostiene *la fatiga* del paulino “escritor” es la imponderable urgencia y “hambre de las almas”. El paulino “escritor” se entrega totalmente para ofrecerles una posibilidad más a las almas que quieren saciarse de Jesucristo Camino, Verdad y Vida, y de su Evangelio, no sólo el impreso, obviamente, sino hecho carne en la propia vida y escrito: “Si Jesucristo es la salud única y plena, sólo en él hay que buscarla. Hoy, en gran parte del mundo, hay escasez de pan material. Falta también, y más todavía el pan espiritual que Jesucristo nos ha traído del cielo y que es Él mismo: ‘Yo soy el pan de la vida’ ” (Alberione, *Pensamientos*, Roma 1972, p. 40)

Siendo la evangelización con los medios de comunicación social el campo de su apostolado, es natural que el paulino asuma la fisonomía de un comunicador de masas. Como “escritor”, el paulino tiene necesidad de conocer los contenidos del mensaje evangélico, de trabajarlos a fin de poder pueda comunicarlos. Los destinatarios varían,

desde los más eruditos hasta las personas sencillas; son ricos y pobres, de diversas nacionalidades y lenguas, de diversas culturas y condiciones sociales, etc.

Por eso el paulino tiene necesidad de mantenerse informado e instruido, sin caer en la superficialidad, en todos los campos del conocimiento humano. A él se le exige una vasta cultura. No es necesario, aunque tampoco se excluye, que el paulino sea experto en un campo, pero es necesario que sepa tratar todos los posibles temas que interesan a sus destinatarios.

La elaboración que se le pide consiste antes de todo en observar, juzgar y evaluar los temas a la luz del Evangelio y en saber comunicar estos mismo temas de tal manera que los destinatarios puedan comprenderlo y aplicarlos en la propia vida.

Para el paulino la verdadera evangelización es hacer vivir a Cristo entre sus destinatarios; hacer pasar el modo de pensar, juzgar y de amar, del que es “hombre viejo” nacido en el pecado al propio del “hombre nuevo” nacido en Cristo.

Para una consideración más amplia, ver el apéndice 7.

4.11 “Profetismo” paulino

El paulino, en cuanto bautizado y en virtud de su consagración religiosa (LG 44), posee y debe vivir una dimensión profética.

El profeta es un hombre *marcado por una experiencia* fuerte y única de Dios. Mantiene una vida que lo “señala” de manera simbólica, además de visible, como concentrado en Dios, por Él tomado y a su total disposición (Jr, 4-10). Es *hombre del Espíritu*: el Espíritu Santo le otorga a su corazón la caridad, que lo guía y lo mueve, y lo conduce hacia los hombres (Is 61,1-3). Es *hombre de la Palabra*, una Palabra que en él se vuelve eficaz, viva, encarnada, libre (Ez 3,1-10). *Hombre a la escucha* de todos los signos de los tiempos, que interpreta evangélicamente (Mi 3,1-12). Posee el *sentido histórico*: es capaz de involucrarse en las vicisitudes históricas, sabe leer las contradicciones del corazón humano y anticipar con intuición los recorridos fecundos de los acontecimientos y de las esperanzas humanas (Os 1,2-8). La suya es una *vida para los demás*.

En nuestra sociedad post-industrial, el hombre tiene sed de valores, de esperanza, de caridad visible; tiene deseo de ser sostenido, aceptado por lo que es, no por lo que tiene... Nosotros paulinos, con espíritu profético, debemos aprender a percibir estas llamadas y **proyectar** modos nuevos para **anunciar** la “buena nueva” e **iluminar** así las decisiones y la vida de nuestros contemporáneos. Sin desatender el empeño de **denunciar** con valentía las modernas esclavitudes (indiferencia, soledades, anonimato, rivalidades...), para **corregir** con caridad pero con claridad. Debemos ser como aquel sembrador que prepara con fatiga la tierra, separa la semilla, la siembra en el campo y pacientemente espera que la nueva planta despunte y produzca nuevo fruto. Es la capacidad de plantar una idea, una propuesta, un valor; de iniciar una evolución; de mantener viva la esperanza; de tener paciencia cuanto sea necesario ... **Y quizá no verá los frutos ...**

Ante a la escasez vocacional, podemos ser profetas también al interno de nuestra comunidad y... **sembradores**. Sin alcanzar inmediatos resultados. Pero con la certeza de que no estamos trabajando para nosotros mismos sino dados a la obra en el campo de Dios.

Y no podemos poner de parte aquel trabajo especial que Don Alberione dejó a sus hijos y a la Iglesia y que encontramos hacia el final de *AD*, en el capítulo titulado “Cosas por hacer”. Ahí el Fundador expone uno de sus sueños que no logró ver realizado: la unificación de todas las ciencias en Cristo. Releamos los números 185-191 de *AD* y después, para confirmar la validez y actualidad del trabajo que encierran, leamos los números 83 y 85 de la encíclica *Fides et Ratio* de Juan Pablo II. He aquí un de los párrafos de la encíclica: “*Quiero expresar con fuerza la convicción de que el hombre es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber. Esta es una de las tareas de las cuales el pensamiento cristiano deberá hacerse cargo en el próximo milenio de la era cristiana*”.

A propósito de profetismo paulino, ver también la ficha 3.3.

4.12 La “imaginación de la caridad”

En *Novo millennio ineunte* Juan Pablo II reclama con urgencia la atención que merecen las variadas necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. “Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino sujetos a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana”. Y después una descripción del escenario de las viejas y de las nuevas pobrezas que golpean al mundo, el Papa hace un encarecido llamado a desplegar una nueva “imaginación de la caridad” que dé respuesta concreta a las necesidades más urgentes y sea también una expresión de la capacidad de hacernos cercanos (cfr. *NMI* 50).

Decía Don Alberione en 1961: “*Así como, en el pasado, en la puerta de los conventos se distribuía la sopa, se distribuía el pan, y todavía se hace en algunos lugares, así en la puerta de los conventos se necesita distribuir la verdad. De lo que el hombre tiene necesidad: conocer a Dios, conocer su destino eterno*” (*Pr A*, p. 193); y en *El Apostolado* de la edición (1944), enseña: “*el apóstol debe ser como el Buen Pastor que, tras dejar en lugar seguro el rebaño fiel, corre y se expone a sí mismo por la oveja perdida. Objeto de las preferencias del apóstol serán los desamparados, los adversarios, los pobres vergonzantes que no osan alimentarse con el pan partido desde el púlpito a la masa de los fieles; también los infieles que ignoran al verdadero Dios, Uno y Trino, la obra de la Redención, el Evangelio; los asechados en la fe por los emisarios de Satanás, ... a través de la escuela, de la prensa, de las máximas mundanas...; los vacilantes, los que viven dominados por las preocupaciones de gobierno, de oficio o de trabajo*” (p. 265).

En la Introducción a la *Ratio studiorum* de la Sociedad San Pablo (*UPS II*, 195) se cita *Ef* 4,15 en referencia a la unificación de las ciencias naturales y sobrenaturales en un cuerpo completo que tiene a Jesucristo como cabeza, a quien todo hombre debe ofrecer adhesión, así como debe amar a sus semejantes, según el dicho ‘*veritatem facere in charitate*’. La “verdad en la caridad” empeña a todo paulino a vivir el propio envío con alegría y con creatividad.

El amor verdadero (*agàpe*) es siempre creativo. Para comprobarlo es suficiente ver a una familia unida en la acción. Nosotros somos la Familia Paulina. No se puede decir que al Fundador le hayan faltado destellos de imaginación al reunirnos. Nos toca a nosotros, ahora, dar salida a esta creatividad: aquella femenina, aquella laical, aquella orante, aquella misionera... Es cosa de dejarse conquistar por el amor de Dios y dejar que en nosotros actúe libremente su Espíritu. Creatividad y complementariedad paulina.

Así pues, el paulino está invitado a trabajar con dos criterios constantemente activados de modo complementario: el de la *verdad* y el de la *caridad*; no se puede conformar con el “oír decir”, ni con las hipótesis de las masas, como tampoco de las opiniones no completamente verdaderas, ni con los arreglos a favor de una visión particular.

Esto requiere una correcta comprensión de lo que significa para el paulino el voto de obediencia. Si por un lado lo empeña a eliminar de su búsqueda (*in charitate*) toda forma de polémica, por el otro lo mueve a no detenerse nunca en la apariencia, sino en

una estricta búsqueda de la verdad de Cristo, iluminado del Espíritu que escruta la profundidad de Dios.

En el fondo ha sido ésta la actitud de Pablo al cumplir su mandato.

COMO PAULINOS DISCÍPULOS Y SACERDOTES

4.13 Única identidad y misión: doble expresión en la ministerialidad

En el artículo 2, de nuestras Constituciones, leemos: “La Sociedad San Pablo es una Congregación religiosa clerical de vida apostólica. Tiene como fin la perfección de la caridad en sus miembros, alcanzada mediante el espíritu y la práctica de los votos ...”; y en el artículo 4: “Los miembros de la Sociedad San Pablo, Sacerdotes y Discípulos, profesan los mismos votos religiosos ..., se rigen por las mismas normas; participan de los mismos beneficios espirituales y tienen derechos y deberes comunes, salvo los provenientes de las órdenes sagradas”. El fin principal de todo paulino, Sacerdote y Discípulo, es la propia santificación.

Ser Sacerdote o Discípulo en la Sociedad San Pablo es cuestión de vocación, depende por tanto de la llamada de Dios, y en toda llamada hay un gran espacio de misterio. La dimensión fundamental de toda vocación es hacerse santos realizando la voluntad de Dios: “Hacerse santo no depende de hacer una cosa u otra; depende de hacer de veras aquella que es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros”. Sea la vocación del Sacerdote, sea la del Discípulo tiene por tanto como parámetro de base la búsqueda de la voluntad de Dios para esa determinada persona.

Cuando consideramos la belleza y sublimidad de nuestra consagración religiosa, que nos hace paulinos, **nuestra atención debería dirigirse más hacia la meta** que no a los medios para alcanzarla. La llamada que el Señor ha hecho a cada uno de nosotros, de ser Sacerdote o Discípulo, no aumenta nuestra importancia o grandeza. Lo que cuenta es vivir nuestra consagración a Dios como paulinos, como miembros de una Congregación cuyo fin principal es la santificación, la perfección de la caridad.

El paulino es ante todo una persona amada por Dios, llamada por Él para anunciar a Jesucristo Camino, Verdad y Vida en todo tiempo, a todos los pueblos, con los medios más rápidos, según el espíritu de san Pablo y el pensamiento del Beato Santiago Alberione. Esta identidad carismática del paulino se encarna en una doble expresión: Sacerdote-Discípulo.

Sacerdote y Discípulo juntos constituyen al paulino, son dos elementos “complementarios y coesenciales”. Si llegara a faltar una de las dos expresiones de la identidad paulina, ya no se tendría al paulino como lo ha querido Don Alberione.

Llevando esta afirmación a sus conclusiones más radicales; se debería decir que en toda comunidad nuestra –salvo imposibilidad real– deben ser testimoniadas ambas expresiones de la vocación paulina. Somos conscientes que en algún país o área geográfica eso es particularmente difícil: se deberá, de todas maneras, asegurar ese testimonio en el más breve tiempo posible.

Un elemento esencial, común al paulino, Sacerdote o Discípulo, es la consagración religiosa mediante la profesión de los consejos evangélicos. Pero existen también elementos propios del Sacerdote y del Discípulo igualmente esenciales, como, **el sacerdo-**

cio ministerial y la laicidad respectivamente (ver *ficha 3.7 y 3.8*). Vinculados a estos dones particulares esenciales, hay deberes específicos que no hay que olvidar, como, por ejemplo, la particular responsabilidad de animación y de servicio sacramental en el caso de los Sacerdotes, y una particular participación de los Discípulos en el empeño de reparación confiada por el Fundador a la Congregación y a la entera Familia Paulina.

No es secundaria la íntima relación que debe existir entre la identidad del paulino en cuanto consagrado y la espiritualidad vivida en todas sus dimensiones, a partir de la propia condición de Sacerdote o de Discípulo. En la Sociedad San Pablo, al don de la consagración, común a los Sacerdotes y a los Discípulos, se unen los dones propios de la una y de la otra expresión del ser paulino. Pero ni el paulino Sacerdote ni el paulino Discípulo tienen el propio don particular sólo para sí: confiriéndose recíprocamente el propio don, Sacerdotes y Discípulos “se constituyen mutuamente *paulinos*” (*Constituciones*, 5).

4.14 Comprensión de la complementariedad

“El Instituto en su espíritu y en su apostolado tiene mucho de nuevo por su particular fin apostólico, por la espiritualidad, por la unión entre Sacerdotes y Discípulos” (CISP, p. 159). Esta novedad a la cual se refiere el Fundador en ocasión del Primer Capítulo de la Congregación (1957) no ha venido a menos, antes bien se ha visto ponderada y enriquecida con la doctrina del Vaticano II y las ulteriores reflexiones, en particular las concierntes a la eclesiología de comunión y a la vida consagrada.

Nuestras actuales *Constituciones*, aprobadas definitivamente el 4 de abril de 1984, subrayan que “la unión entre Sacerdotes y Discípulos... el Fundador la consideró como una de las características peculiares o novedades de la Congregación” (ver art. 5). La peculiar relación Sacerdotes-Discípulos es un don y como tal debe ser vivido y testimoniado. Primera condición: comprender bien esta complementariedad.

Los miembros de la Sociedad San Pablo – Discípulos y Sacerdotes – cumplen la misma misión, están *“unidos en el mismo apostolado”* (CISP, p. 159); esto lo ve el Fundador, desde los inicios, como verdadera y oficial predicación, por la activa presencia del Sacerdocio ministerial y la inseparable asociación de los Discípulos en ello.

El viejo esquema “redacción-técnica-difusión” ha registrado transformaciones radicales y hoy se hace necesaria una relectura de la orientación alberoniana que confiaba el primer momento al Sacerdote y los otros dos momentos a los Discípulos. Actualmente, es por todos admitido que *“por cuanto respecta a la actividad apostólica específica, no hay preclusiones o exclusivismos, sino más bien orientación en base a las aptitudes, a la preparación y a la experiencia, y todos los Paulinos pueden desempeñarla en sus varias fases”* (*Ratio formationis*, 21.1). Mas aun, no se debe subvalorar sino profundizar también el sentido del “espacio típico” reconocido como propio del Sacerdote y el otro atribuido a los discípulos (cfr. *Constituciones* Art. 5) Si consideramos estos “espacios típicos” no como excluyentes sino como cualificantes, encontraremos mayor luz para valorizar y promover mejor orientaciones que estén más en consonancia con el paulino Sacerdote o con el paulino Discípulo, pero permaneciendo en pie la no preclusión antes dicha.

La unión de Sacerdotes y Discípulos no es un hecho sólo operativo sino carismático. *“El Discípulo solo, es un obrero, no un paulino; el Sacerdote solo, aunque fuera escritor, no es un paulino. Sacerdote y Discípulo juntos, unidos en el mismo apostolado, son entreambos paulinos”*, declara Don Alberione (CISP, p. 159), y las *Constituciones* remarcan: “se constituyen mutuamente paulinos” (ver Art. 5). La eclesiología de comunión ofrece nuevas luces para comprender mejor esta relación Sacerdotes-Discípulos. La multiplicidad de dones que actúan en la Iglesia son expresiones de la munificencia del Espíritu Santo a favor de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, de su unidad y de su misión en el mundo; ya no se pone el acento sobre la dimensión jerárquica sino sobre la dimensión ministerial mutua, es decir el servicio recíproco: todo carisma y todo don particular debe ser recibido y vehiculado, es decir puesto al servicio de los otros para enriquecer el todo. Al don de la consagración –común a todos los paulinos, Sacerdotes o Discípulos– se agregan los dones propios de una y otra expresión del ser paulino (ver *ficha* 3.7; 3.8; 4.13). El concepto de complementariedad debe ser bien entendido y bien usado. Es algo más que un simple complemento; no se trata de colmar

una incompletez, sino del conferimiento mutuo de una gracia dinámica que les da al Sacerdote y al Discípulo, la plenitud de la identidad paulina.

Si además tomamos en consideración la teología de la vida consagrada, descubriremos otros aspectos importantes del dinamismo de la reciprocidad: para la elección –si paulino Discípulo o paulino Sacerdote– hace falta la vocación; en el discernimiento cuentan mucho las particulares inclinaciones que provienen de la naturaleza y de la gracia (cfr. *USP* I, p. 150), sin que por ello deje de ser cierto que la vocación es un misterio; no es sólo una elección de parte del sujeto, sino ante todo una elección de parte de Dios. Y en ese proyecto de Dios hay muchísimas gracias particulares que le servirán al sujeto llamado y a los que habrán de acompañarlo condividiendo la misión, e igualmente a los destinatarios de su servicio apostólico.

Comprender y vivir el don de la complementariedad Sacerdotes-Discípulos es para nosotros, miembros de la SSP, el primer paso para abrirnos a la comprensión y a la experiencia de la complementariedad y reciprocidad de dones a nivel de Familia Paulina.

4.15a Los tres momentos del apostolado y el “espacio típico”

Los “tres momentos” del apostolado en la visión de Don Alberione

El apostolado de la edición “tiene tres partes: redacción, técnica y difusión, pero las tres forman un único apostolado. La primera, es decir la redacción, es propia del Sacerdote, mientras que la segunda y la tercera, la técnica y la difusión, son propias del Discípulo. Por tanto Sacerdote y Discípulo unidos en las ediciones merecen el nombre de apóstoles” (UPS III, 127). “Para el Instituto son necesarias dos terceras partes de Discípulos y un tercio de Sacerdotes, dedicados al apostolado” (SP, junio-julio 1966).

Estas son algunas de las afirmaciones del Fundador a las que ordinariamente se hace referencia; pero, para una correcta interpretación de los roles del Sacerdote y del Discípulo en el apostolado paulino según el pensamiento y la praxis constante del Beato Santiago Alberione es necesario referirse también a otras dos citas: “escritores, técnicos, propagandistas, pero religiosos y religiosas” (AD 23), y “...¿por qué no darle al Hermano laico una participación en el celo del Sacerdote; darle a él un casi sacerdocio?” (AD 40).

El injerto del “casi sacerdocio” del Discípulo, de la hermana paulina y de los laicos en el “sacerdocio” ministerial paulino está motivado por la visión eclesiológica que dominaba en los tiempos de Don Alberione. Según esa visión, la predicación pertenece al clero y es de naturaleza jerárquica (Papa, obispos, sacerdotes); los laicos tienen un rol marginal y “colaboran” en la medida en que la jerarquía eclesial lo pide o reconoce expresamente. La plena sintonía de Don Alberione con la eclesiológica de su tiempo no nos debe separar de la visión original que él formula del apostolado paulino: “Con el nombre de apostolado nuestro se entiende una verdadera misión que puede definirse predicación de la divina palabra con los medios técnicos y mediante la edición... Es el anuncio de la buena Nueva y de la verdad. Es, por tanto, una verdadera evangelización” (UPS III, 123). La predicación “oral” es confiada al sacerdote; la predicación “escrita”, teniendo la misma dignidad, es igualmente confiada al sacerdote.

Una renovada eclesiología

Actualmente, para todos es claro que con la eclesiología del Vaticano II se registró un notable progreso. Esa renovada visión define a la Iglesia como “Pueblo de Dios” (LG c. II), trata del “sacerdocio común de los fieles” (LG c. IV), describe la naturaleza “del apostolado de los laicos” (AA) y define el empeño de la Iglesia en los medios de comunicación social como verdadera “predicación” (IM 3,13).

La eclesiología de comunión permite reconsiderar con categorías teológicas más articuladas, las motivaciones de Don Alberione sobre las relaciones entre “casi sacerdocio” y “sacerdocio” en el desempeño del apostolado paulino entendido como “verdadera predicación”. Ya no es sostenible por razones eclesiológicas la división de los roles en el apostolado, tal como había sido ideada por Don Alberione. El empeño en la redacción, en la técnica, en la difusión, se funda sobre el bautismo y se debe elegir y confiar teniendo en cuenta las dotes naturales y la capacidad profesional.

En cambio, la centralidad del “sacerdocio ministerial” paulino sigue siendo indispensable para afirmar las razones teológicas de la “novedad” (ver AD 110) del carisma paulino: la redacción, la técnica y la difusión son fases de la “predicación escrita, audiovisual, medial, multimedial y en red” que tiene una *eficacia “sacramental”* porque es el equivalente de la predicación oral”, no una simple actividad editorial católica. El sacerdocio “común” y el sacerdocio “ministerial” se aplican también a la *originalidad* de la única vocación paulina. El apostolado paulino es predicación “oficial”, ejercicio de la misión confiada a la Iglesia (ver *ficha 3.8*).

Considerar los “espacios típicos”

Cuanto se ha dicho hasta aquí nos permite reconsiderar de modo nuevo los llamados “espacios típicos” formulados durante el *Capítulo general especial* del 1969-1971 y nuevamente propuestos en el n. 5 de nuestras *Constituciones*.

Ante todo hay que recordar que **“espacio típico” no significa “exclusivo”**, sino caracterizante e inclusivo; y además, que tal espacio **no se determina a partir de la sola actividad apostólica** (como en el n. 5 de las *Constituciones*), sino de la realidad integral e integrada del paulino en su doble expresión de Sacerdote y Discípulo. La *ficha* siguiente (4.15b) es un tentativo de definición y al mismo tiempo de ampliación de los “espacios típicos”. Arroja luz en espacios aún inexplorados o todavía no entereamente percibidos y vividos.

4.15b Redefinir y ampliar los “espacios típicos”

DISCÍPULO – Queriendo ofrecer una ejemplificación acerca del Discípulo, se podrían señalar al menos los siguientes ámbitos:

– *en la espiritualidad:*

- La **reparación**: como sello eucarístico de la oración, como laboriosidad silenciosa, como reparación *positiva* (promover el uso constructivo de los medios de comunicación) y *negativa* (contrarrestar, con la oración y la acción, el abuso)

- **Asimilación de las virtudes de san José**: su silencio, su laboriosidad, el sentido de su presencia en el seno de la Familia de Nazareth, su confianza en la Providencia.

«Jesús Maestro es el reparador; esta es su esencial misión. Redimió al hombre del error, del vicio, del pecado, de la muerte. Él asumió las deudas de toda la humanidad pecadora; las llevó al Calvario, las lavó con su sangre ... El Discípulo repara de tres maneras: con su vida, con su piedad, con su apostolado. Así, la vida del Discípulo se incorpora al grande río de la reparación cuyo manantial es Jesucristo» (CISP, 370).

«Como San José, ellos cumplen un trabajo fatigoso, para cooperar en el advenimiento del Reino de Dios» (CISP, 347).

– *en la formación:*

- El **corazón**: una formación que apunte a la participación del corazón. Una oración más intensa. Un yo sin pretensiones, que sabe resistir a la tentación del dinero, de la estima, del rol; que sabe servir, colaborar; que lleva en sí la pasión de Dios por el hombre de hoy.

- En el **periodo formativo**: necesidad de la presencia de un Discípulo junto a los jóvenes; necesidad de espacios formativos propios para los Discípulos; necesidad de una formación diferenciada y especialidad: para la vida espiritual y para el apostolado.

– *en el apostolado:*

- **Preparación**: especializados en los sectores de la comunicación, sobre todo (pero no exclusivamente) en la “técnica” (gestión) y “difusión” (marketing) de hoy.

- **Colaboración**: con el Sacerdote, con el laico, escuchando y atentos al mundo de hoy.

“El Discípulo tiene aptitudes, energía, mentalidad propias; conviene estudiarlas, guiarlas, elevarlas... El cuidado de la vocación de los Discípulos es más difícil en algunos puntos que la de los aspirantes al sacerdocio. El Discípulo tiene necesidad de una piedad más dotada de prácticas que impacten también la fantasía, los ojos, el oído, los sentidos en general” (CISP, p. 88).

SACERDOTE – Si se trata ahora de ofrecer una ejemplificación acerca del Sacerdote (cf *LG 28* y *PO 1-6, 12-19*), se podrían señalar los siguientes ámbitos:

– *en la ministerialidad:*

- de la **Palabra**: transmitir la palabra de Dios, no la propia; iluminar con ella los problemas del tiempo; invitar a los hermanos a la conversión y a la fidelidad.

- de la **santificación**, administrando los sacramentos: la Eucaristía, “fuente y culmen de la evangelización” (PO 5); la Penitencia que reconcilia a los hombres con Dios y con los demás; la Liturgia de las Horas, que prolonga durante el día la alabanza eucarística.

- **Pastoral:** para la *guía y la formación moral* de los hermanos; para la unificación del pueblo de Dios, “*en nombre de Cristo Cabeza y Pastor*”.

- *en la santificación:*

“Configurados con Cristo Sacerdote mediante el sacramento”, los sacerdotes tienen también deberes hacia Él y hacia sí mismos:

- Buscar la perfección de la vida “en fuerza de la acción sagrada que realizan”, haciendo efectiva la propia “configuración con Cristo”; en la docilidad a su Espíritu; para ser reconocidos como ministros de Cristo y dispensadores de sus misterios”.

- Seguir e imitar al Buen Pastor, en el camino hacia la santidad: meditando la *Palabra de Dios*, para *predicarla* de modo convencido y convincente; viviendo la *Eucaristía y los sacramentos que administran*; imitando la *caridad pastoral* de Cristo y de los Apóstoles.

- *en el apostolado:*

- Mayor atención y sentido de responsabilidad al respecto de los contenidos: actualización constante, vigilancia pastoral, contactos operativos con los organismos pastorales de la Iglesia local, búsqueda y formulación de los contenidos con los lenguajes adecuados.

COMO FAMILIA PAULINA

4.16 La pertenencia a la Familia Paulina

“Sean fieles a la unidad que los caracteriza a todos, y al mismo tiempo a la unidad que es propia de cada uno de sus Institutos, de modo que mantengan las varias fisonomías y promuevan los respectivos carismas, en el ámbito de la común y extensa Familia Paulina” (Pablo VI, 28.11.1974).

Inmediatamente después del memorable mes de ejercicios (abril 1960), Don Alberione expresa su satisfacción por el buen resultado: “*Humanamente, no podía resultar mejor; en cuanto al espíritu, divinamente: puesta al día de nuestra vida a las Constituciones; puesta al día del Instituto a la Familia Paulina; programas para el reclutamiento y la formación de las vocaciones; análisis de las cuatro partes (o ruedas)...*” (SP, abril-mayo 1960; CISP, p. 197). En aquella reunión, las intervenciones del Fundador a propósito de la Familia Paulina fueron numerosas y precisas (ver UPS). Otras importantes declaraciones están contenidas en AD 33-35.

El Capítulo General Especial (1969-1971) toma en seria consideración la peculiar unidad carismática de la Familia Paulina y la función de *altrice* que tiene la Sociedad San Pablo. La pertenencia a la Familia Paulina es considerada elemento carismático del Instituto. Es parte de la identidad paulina: lo remarcan nuestras *Constituciones*; otro tanto hacen las constituciones, reglas de vida o estatutos de las otras nueve instituciones paulinas.

El *Proyecto unitario de Familia Paulina* elaborado por la Comisión Intercongregacional de estudio sobre la identidad carismática y ministerial de la Familia Paulina: *Dar al mundo a Jesucristo Camino, Verdad y Vida* (19 marzo 2001) es hasta la fecha el intento más significativo hecho a nivel de las Congregaciones religiosas de la Familia Paulina, para iniciar una reflexión profunda sobre nuestra identidad de Familia, y para llevar esta reflexión hacia sus consecuencias prácticas en la misión.

Anticipando la que sería la eclesiología de comunión redescubierta por el Vaticano II y la realidad que muchos institutos religiosos de más antigua institución están tratando de establecer y valorizar, nuestro Fundador indicaba en la Familia Paulina su matriz de eclesialidad: “*La Familia Paulina, dice expresamente, es reflejo de la Iglesia en sus miembros, en su actividad, en su apostolado, en su misión... Único origen: Jesucristo, el Maestro, al que nosotros no consideramos solamente en una parte... antes bien tenemos que tomar todo el espíritu, toda la vida de Jesucristo... Por tanto los Institutos tienen que vivir un espíritu común con un color que expresa luego las particularidades, pero los principios generales son todos iguales, es decir: la espiritualidad es siempre Jesucristo Maestro, Camino, Verdad y Vida... Lo que es fundamental es común a todas las partes de la Familia Paulina. [...] Nos hemos reflejado en el espejo que es la Iglesia, y más que reflejarnos, somos vita in Ecclesia, in Christo et in Ecclesia. Cristo físico, Cristo místico en la Iglesia*” (*Curso de Ejercicios a las Pías Discípulas* [1963], citado en *Proyecto unitario...*, pp. 228-229).

Estamos convencidos que este aspecto –altamente profético para la Iglesia– espera todavía ser bien conocido y, sobre todo, vivido de parte nuestra, y deberá ser una desa-

fío para las nuevas generaciones de la Familia Paulina, junto con el de la doble expresión de la Sociedad de San Pablo. Son modelos de comunión indicados por el Fundador a la luz del Cristo Camino, Verdad y Vida, que piden a nosotros y a la entera Familia Paulina aquella “competencia paulina en el comunicar” que la Iglesia espera.

4.17 La Sociedad de San Pablo “altrice”

En las declaraciones del Fundador.

El Beato Santiago Alberione ha declarado que sus fundaciones nacieron como una “familia” y como una familia deben mantenerse unidas. Asegurar tal unidad es una función asignada a la Congregación primogénita, la Sociedad de San Pablo, que él define “altrice” (del verbo latino *alere*, por tano *altrix*), con el significado de *alimentadora, nutricia, madre*. La función de “altrice” es así explicitada: “La Pía Sociedad San Pablo es como la madre... El calor y la luz deben proceder de los sacerdotes paulinos, que tienen a este respecto un ministerio grande y delicado” (UPS I, 19-20). “De aquí [la PSSP] el espíritu que se difunde, organización de las diversas actividades, la palabra divina que ilumina... [Ella] ejerce una influencia general, conforta y sostiene; indica el camino de la salvación y de la santidad; coordina con exhortaciones la acción de todas las partes” (UPS I, 20; 375).

La función *altrice* de la Sociedad de San Pablo, en el pensamiento de Don Alberione consiste por tanto en “mantener a toda la Familia Paulina en el espíritu genuino y propio de la Institución” (Carta de Don Alberione a la SCRIS, 1.3.1956). En la visión alberoniana, está conectada sobre todo con el sacerdote: “El oficio sacerdotal es éste: el de ser Maestro Camino, Verdad y Vida” (CISP, p. 180). Por eso el Sacerdote paulino alimenta sobre todo el espíritu, en particular con la devoción al divino Maestro Camino, Verdad y Vida, que tiene por centro vital la Eucaristía: “Todo nace del Maestro eucarístico como de su fuente vital. Así nació, del sagrario, la Familia Paulina; así se alimenta, así vive, así actúa y así se santifica” (UPS II, 10).

El ejercicio del sacerdocio ministerial es una expresión importante, pero no la única, de la función *altrice* de la Sociedad San Pablo. En efecto “la Pía Sociedad San Pablo está compuesta de *Sacerdote y Discípulos*” que juntos representan, afirma Don Alberione, la “dirección” de la acción pastoral confiada a la Familia Paulina en la “parroquia del Papa”. Tal acción es ejercida por los Sacerdotes y los hermanos Discípulos, “cada uno con su cometido” (UPS I, 375): o sea con los propios oficios específicos, con los talentos personales, las especializaciones, las competencias de que disponen. Si en otro lugar el Fundador atribuía a los Discípulos un “casi-sacerdocio”, aquí reserva a ellos aquella función que más tarde se dirá “complementaria y coesencial” a la de los paulinos Sacerdotes (Const. 5). La función *altrice*, en efecto es ejercida por toda la Sociedad de San Pablo.

En la interpretación actual.

La Familia Paulina, habiendo adquirido un mayor conocimiento de sí, siente la exigencia de reflexionar sobre su ser de Familia, en el horizonte de la Iglesia-comunión. No se puede, en efecto, hablar de *altrice* sin referirse a la unidad de la entera Familia Paulina inserta en la unidad de la Iglesia, Pueblo de Dios en camino. Compuesta de mujeres y hombres en comunión, al servicio del Reino, la Familia Paulina mantiene vivo y operante el carisma del Fundador a través de una pluralidad de carismas. La Sociedad de San Pablo ejerce la función *altrice* a través de un *servicio de unidad, de discernimiento, de coordinación de los carismas, y de animación ministerial*.

Tal función *altrice* se concretiza primeramente en el servicio desarrollado por el Superior general de la Sociedad San Pablo en las relaciones con toda la Familia Paulina (ver Const. 201-201.1). Este servicio consiste en promover principalmente la unidad de la Familia Paulina en la diversidad de los particulares institutos, respetando y valorizando el carisma de cada uno y la reciprocidad hombre-mujer. En particular le compete:

- mantener las relaciones recíprocas con los Gobiernos generales de las demás Congregaciones de la Familia Paulina;
- convocar a los Gobiernos generales para el encuentro anual;
- reunir a las Superiores generales de las Congregaciones femeninas para discernir y proponer juntos, iniciativas de animación espiritual y apostólica, a nivel y a beneficio de toda la Familia Paulina.

4.18 La contribución de los Discípulos en la función “altrice”

¿Se puede hablar propiamente de una contribución de los Discípulos en la función “altrice”?

La participación de los hermanos Discípulos en la función “altrice” de la Sociedad de San Pablo en la Familia Paulina es, no sólo posible, sino deseable. Está fundada sobre una reinterpretación actual del espíritu del Fundador, y además sobre la nueva ecle-siología, sobre la teología de la consagración religiosa, de los carismas y de la corres-ponsabilidad en cuanto a la evangelización.

De tal participación podemos hipotizar las siguientes modalidades:

1. Ministerio de unidad-comunión. La función “altrice” de los Discípulos puede expresarse:

- con la contribución de su testimonio, hecho con la vida y explicitado con interve-niciones de carácter instructivo o exhortativo;
- con el servicio de animación comunitaria;
- con la organización de encuentros a nivel de Familia Paulina sobre particulares temáticas o en particulares circunstancias.

2. Animación espiritual y apostólica:

- con la contribución de enseñanza, catequesis, conferencias, retiros espirituales;
- con la condisión de los propios ideales, de la propia opción vocacional y de cuan-to sostiene su fidelidad en la misión particular;
- con la participación de la propia experiencia y especialización profesional: en el campo técnico, promocional, administrativo, gerencial;
- con el servicio de ayudas efectivas, respetando las relaciones de fraternidad y de autonomía de los distintos Institutos.

3. Animación de nuestro carisma específico al interno de la gran “parroquia paulina”:

- con una creatividad iluminada y competente en los nuevos horizontes abiertos por las tecnologías de la información;
- poniéndose animosamente a la cabeza de los laicos, para que el mundo de la co-municación sea cristianizado y se haga misionero, en el espíritu de san Pablo.

LOS PAULINOS DE HOY Y DE MAÑANA: PROMOCIÓN Y FORMACIÓN

4.19 Los signos positivos de la vocación paulina: claridad en la llamada

Reafirmamos la importancia de las cuatro indicaciones que el Intercapítulo (Nueva Delhi, 26 febrero-10 marzo 2001) dio para la pastoral vocacional:

1. El deber de todas las Circunscripciones, sin excepción, de elaborar y aplicar un programa de pastoral vocacional, confiando la responsabilidad a uno o más hermanos pero involucrando a todos los miembros: sensibilidad, oración, ejemplo y disponibilidad para colaborar.

2. La necesidad de un uso más audaz de los grandes medios de la comunicación para la promoción vocacional; y al mismo tiempo, la necesidad de un testimonio vivo más atractivo en la Iglesia local y de una presentación de la Congregación como parte de la Familia Paulina.

3. La urgencia de una apertura no sólo a las nuevas estrategias de presentación y de propuesta vocacional, sino también nuevos “espacios”: áreas geográficas todavía no exploradas, las universidades, los centros de comunicación, el mundo de la cultura, los profesionistas, los emigrantes (muchas veces ricos de experiencias y de fe), los movimientos apostólicos y, en general, el inmenso campo de laicado.

4. La necesidad de insertar la pastoral vocacional en el contexto de las demás pastorales (por ejemplo la juvenil), sin perder de vista los propios objetivos.

A estos principios agregamos además, condiciones ya bien asentadas en el pensamiento pero frágiles en la práctica:

- Claridad y completez en la presentación de la vocación paulina, con particular atención a la opción por la vida religiosa; excluyendo con claridad y decisión toda clase de equívoco de carácter “clericalista” o de otra índole.

- Promoción de la sensibilidad vocacional en el ámbito de la formación permanente.

- Inserción, en la pastoral vocacional, tanto de Discípulos como de Sacerdotes. El testimonio vivo será siempre el argumento más atrayente.

- Recurso al apoyo interdisciplinario: la vocación viene de lo alto, es verdad, pero los llamados son personas; la ayuda de los expertos es siempre más necesaria.

Tradicionalmente –y Don Alberione no es la excepción– se pide que en los posibles candidatos haya “signos positivos” de vocación. Y no demasiado genéricos, pues no se trata sólo de la opción por la vida religiosa, sino, en nuestro caso, de una fundada opción por la vida religiosa paulina.

Entre los signos positivos generales, Don Alberione daba una justa importancia a las cualidades morales, intelectuales, físicas y psicológicas del candidato, junto con el equilibrio y la sociabilidad. Los signos positivos específicos los describe en varias ocasiones, distinguiendo entre los comunes a una sensibilidad y mentalidad paulinas, y otros signos particulares que sirven para evidenciar la llamada sacerdotal o laical en la Sociedad San Pablo. A este respecto las fuentes más ricas se encuentran en el boletín *San Pablo* (ver *CISP*) y en las instrucciones del mes de ejercicios de abril de 1960 (ver *UPS* y *A las Familias Paulinas*, 1954). Particularmente significativas, en *UPS*, son las instrucciones V y VII de la primera semana.

Una relectura de cuanto Don Alberione solicitaba como signos positivos de vocación paulina, debe hacerse teniendo en cuenta las notables transformaciones registrados en la sociedad; con esta condición se podrán delinear los criterios de elección y de acompañamiento de las vocaciones paulinas hoy.

4.20 La integralidad y la especificidad: características sustanciales en el proceso formativo

La formación de los paulinos debe ser “cristocéntrica”; el Fundador la llama también “unitaria”, “completa”, y afirma que debe favorecer una *summa vitae*, una “síntesis de la vida”, es decir una “fusión equilibrada de todo los elementos”, una “santidad equilibrada y total”, constituyendo una “nueva personalidad”, una “elevada personalidad”, la verdadera “personalidad paulina”, que hace que el paulino se convierta “con las debidas proporciones, también él en camino, verdad y vida” (ver *UPS II*, 191-192).

“Síntesis vital”, “unidad de vida”, “integralidad”, “totalidad de la persona” son – en el lenguaje de la Familia Paulina – conceptos equivalentes con los cuales se hace referencia al desarrollo pleno y equilibrado de la personalidad del paulino, según el propio carisma.

En el Capítulo general especial (1969-1971), la Congregación asumió esta búsqueda de la integralidad o preocupación por el “todo” heredada por el Fundador como elemento de la identidad paulina. El documento capitular afirma: “*La integralidad es el punto clave del espíritu paulino: tiene su centro de emanación en la totalidad del Cristo*” (n. 381). A esta afirmación debe corresponder una particular pedagogía en el proceso formativo a todos los niveles. Reproponemos por tanto algunos criterios prácticos:

1. Para que la integralidad sea de veras una característica sustancial en el proceso formativo paulino, debe tomarse no sólo como una meta, sino ante todo como un punto de partida y como referencia metodológica durante todo el itinerario del crecimiento paulino. La formación, en efecto, abraza todos los aspectos de la persona: el hombre, el cristiano, el religioso..., y todas las expresiones de la vida: espiritualidad, estudios, espíritu y práctica del apostolado, fraternidad...

2. Como todo el proceso formativo y las varias expresiones de la vida paulina confluyen en la misión (ver *Constituciones*, Art. 66), la promoción de la integralidad exige un constante diálogo operativo entre formadores y los responsables de la actividad apostólica.

3. El principio de la integralidad debe resultar claro en las orientaciones de los itinerarios formativos y de los proyectos apostólicos de toda circunscripción, así como en el testimonio y en el acompañamiento por parte de los directos formadores y de los responsables de la actividad apostólica.

4. Para favorecer en todos los paulinos el espíritu de integralidad, los formadores y los animadores de las comunidades deben empeñarse seriamente en las revisiones y en las orientaciones necesarias para evitar cualquier focalización o actitud parcial, desarticulada, desproporcionada, reductiva o estática; y empeñarse en la promoción de la totalidad o completez, de la unidad orgánica, de la armonía, del equilibrio y del sano dinamismo.

5. También considerada como empeño permanente, la formación debe ser integral. Sólo con ésta condición las comunidades serán todas ámbitos formativos. Promover la formación permanente integral es uno de los deberes más delicados de los superiores de circunscripción y de los coordinadores generales de la formación.

Las notas de totalidad y de equilibrio propias de la integralidad confieren a la especificidad de la formación paulina su preciso significado y su eficacia.

Una amplia reflexión sobre la integralidad se puede leer en el apéndice 2.